ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO
AVE MARÍA PURÍSIMA

RESEÑA HISTÓRICA DE LA CUSTODIA DE LA SECCIÓN ADORADORA NOCTURNA DE MADRID



MADRID, 1917
BLASS Y CÍA. - IMPRENTA - SAN MATEO, 1

ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

AVE MARÍA PURÍSIMA

RESEÑA HISTÓRICA DE LA CUSTODIA DE LA SECCIÓN ADORADORA NOCTURNA DE MADRID



MADRID, 1917

BLASS Y CÍA. - IMPRENTA - SAN MATEO, 1



ADORADO SEA EL SANTISIMO SACRAMENTO

Ave María Purísima

¡Adoradores nocturnos de Jesús Sacramentado!

¡Españoles, amantes de la Eucaristía!

Causas ajenas a nuestra voluntad nos han impedido el saldar la cuenta pendiente con todos vosotros, desde que os ofrecimos un recuerdo del trono que habéis levantado al Santísimo Sacramento del Altar.

Las fototipias que veréis unidas a esta crónica, os darán idea de lo que es el trono de Dios nuestro Señor: los artistas lo consideran como obra perfecta, los peritos lo tasan en crecida suma, que oscila entre *ochenta y noventa mil duros;* pero ni los primores del arte, ni el valor de las 5.211 piedras preciosas que contiene, ni los once kilogramos de oro purísimo y veintisiete de plata empleados en su fabricación, tienen valor ninguno cuando lo comparamos con el valor espiritual que representa tanta riqueza; porque cada átomo de oro y la piedrecita más pequeña suponen una inmensidad de amor al augusto Sacramento; y esto sólo Dios puede apreciarlo.

Si fuera posible reseñar todo lo que hemos presenciado, habría que escribir un libro de muchas páginas, y el coste sería superior a nuestras fuerzas. Todos vuestros actos de generosidad, todas vuestras lágrimas y todo vuestro amor están escritos en el libro de la vida, y esto nos basta.

PRIMER DOCUMENTO

Adoración Nocturna Española.—Sección de Madrid.—Orden núm. 156. (R. S. E. N.).—Abril 1914.—Santo: Amor a Dios.—Seña: Todo para Dios.

¡Adoradores nocturnos de Jesús Sacramentado!

¡Españoles, amantes de la Eucaristía!

Hace tiempo, mucho tiempo, que los Adoradores nocturnos madrileños suspirábamos por poder dedicar una Custodia para el culto eucarístico nocturno, si no digno de Aquel a quien se destina, por lo menos como prueba de nuestro amor al Amor de los amores.

Cuando la Sección era pobre en personal y, por lo tanto, pobre en recursos, hubo un pobre que gastó todos sus ahorros, y éstos no pasaban de cincuenta duros, en comprar la Custodia que hoy tenemos, y expuesto en ella venimos adorando al Santísimo Sacramento desde hace más de diez y nueve años. Que a Dios le fué grato el desprendimiento de nuestro hermano, parecido al óbolo de la Viuda, lo prueba los grandes y constantes beneficios que el Señor ha dispensado a nuestra Sección.

Hoy seguimos siendo pobres en recursos, y Dios quiera que nunca seamos ricos, para que no teniendo más tesoro que el Sagrario no se aparte jamás de allí nuestro corazón; pero somos *ricos*, relativamente, en Adoradores, y parece que ha llegado el momento de que el latón dorado y los vidrios de colores de la Custodia actual sean reemplazados con oro puro y piedras preciosas.

Y decimos *parece*, porque cuando menos realizables veíamos nuestros deseos, Dios llamó para sí a uno de nuestros hermanos, al que todos creíamos rico por sus grandes obras de caridad, pero que al morir no dejó otra fortuna que la gratitud de las muchísimas personas favorecidas por él; pero su hermana, y hermana nuestra en la Adoración, encontró entre los papeles del difunto una cajita que contenía veinte monedas de oro por valor de 500 pesetas, y las dedicó para un objeto del culto eucarístico.

Dios habrá premiado en el cielo las buenas obras de nuestro hermano don Juan López de Sagredo, y premiará la caridad de su buena hermana, como todos le pedimos.

El Excmo. y Rmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá al enterarse, el día 25 de Enero último, cuando presidió la Junta general, del deseo de los adoradores, dando una prueba más del amor que siente por nuestra obra, se dignó bendecir el proyecto, y en el acto entregó una limosna para la nueva Custodia. Dios se lo pague a S. E. R.

Tenemos la bendición de la Iglesia y oro para el viril. ¿Qué falta, pues? Que aplicándonos las palabras del paralítico, «*Levántate y anda*», nos levantemos, y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, vayamos de puerta en puerta y de pueblo en pueblo, si es necesario, pidiendo una limosna para el que, siendo Rey de reyes y Señor de los que dominan, quiso nacer, por amor a nosotros, en medio de la mayor pobreza, pero que recibió, con el incienso y la mirra, el oro con que los Reyes Magos le rindieron adoración.

¿Cómo será la Custodia?

El fotograbado que va en la primera página da idea de ella. El laureado artista don Félix Granda y Buylla, autor del proyecto, nos dice que para su obra se ha inspirado en el libro del Apocalipsis, y ha creído ver a los Adoradores nocturnos en aquellos veinticuatro ancianos de que nos habla San Juan, que prosternados ante el Trono del Señor le ofrecen adoración perpetua en compañía de los simbólicos animales y de los millares y millares de ángeles, y de todas las criaturas que hay en el cielo y en la tierra.

En tiempo oportuno se publicará la explicación de lo que simbolizan hasta los más pequeños detalles, porque no hay ninguno que no tenga analogía con la visión de San Juan.

¿De qué será la Custodia?

Si el entusiasmo estuviera en concordancia con los bienes materiales, sería de oro puro y piedras preciosas; pero será, con la gracia de Dios, una prueba de nuestro buen deseo y, con seguridad, de más valor de lo que pudiera esperarse (dada la pobreza de la mayoría de los Adoradores), a juzgar por el entusiasmo que reina en todos.

Citaremos alguna *pequeñez* de las muchas que con frecuencia ocurren en

nuestra Sección: es lástima que no haya un cronista para recogerlas y manifestarlas; pero tal vez sea preferible que se escriban sólo en el libro que llevan los ángeles en el cielo.

Un día se presenta una adoradora y dice que quiere dar su limosna para la Custodia; al contestarle que se esperase a que fuera tiempo oportuno, replica: *No sé si cuando sea tiempo podré darla.* Y entregó quince pesetas suyas y diez de una señora a quien se las había pedido. Sus bienes de fortuna son... el salario que gana como criada.

Otro día es un portero el que nos dice: *Tomen esto para la Custodia y que no se entere don N.*, y dejó un ajustador de oro y una sortija con chispas de diamantes.

Otro día recibimos una tarjeta de una señorita con esta línea: *Que las pongan muy cerca del viril*, y con la tarjeta venía un estuche con dos perlas.

Que dé cada uno lo que pueda y no se avergüence el pobre de la pequeñez de su limosna, porque Dios no mira la cuantía de ellas, ve sólo las buenas intenciones con que se da. Lo que sí deseamos es que no se quede ningún Adorador activo ni honorario, hombre ni mujer, sin contribuir, aunque sólo sea con cinco céntimos, á esta obra santa, porque queremos que los nombres de todos los que contribuyen con su óbolo, sean ó no sean de la Adoración, queden *encerrados* para siempre en la peana de la Custodia como memorial perenne de nuestras súplicas al Señor por los vivos y los muertos y como testimonio de nuestro amor al augusto Sacramento del Altar.

Advertencias

1.ª Las limosnas, en dinero y alhajas, pueden entregarse en nuestra casa, Barco, 25, 2.º, todos los días laborables desde las *cinco* de la tarde hasta las *nueve* de la noche, acompañadas del adjunto boletín, y desde el recibo de esta orden hasta el 31 de Mayo próximo. Los Adoradores activos pueden hacerlo en la noche de su Vigilia por ellos y por los honorarios de sus familias.

2.ª *A nadie autorizamos, por ahora, para que vayan a las casas de los Adoradores a recoger las limosnas. Ténganlo todos muy presente para evitar cualquier sorpresa.*

3.ª Todos los meses se publicarán, con la orden de la Sección, y en forma que puedan coleccionarse, los nombres de los que vayan mandando sus limosnas y el importe de ellas; una de estas colecciones será la que quedará encerrada en la peana de la Custodia.

4.ª Para tranquilidad de los donantes, conforme se vayan recibiendo los boletines se entregarán los oportunos recibos en el acto o se mandarán a domicilio con la mayor brevedad.

Amadísimos Hermanos: vosotros tenéis la palabra; la Custodia será lo que queráis vosotros: hermosísima, si vuestros trabajos van *regados* con vuestras oraciones, porque si la oración del firme creyente tiene eficacia para trasladar las montañas, también la tiene para hacer *locos de amor* al Sacramento. ¡Qué consuelo tan grande sería para todos si uno ó varios *locos*, como lo fué doña Teresa Enríquez *(la loca del Sacramento)*, nos proporcionara los medios para rodear el Viril con treinta y un brillantes, símbolo de los treinta y un Turnos, y para poder colocar en lugar preferente siete rubíes, en memoria de los siete fundadores!

Para terminar. A los que nos preguntan en qué días se usará la nueva Custodia, les contestamos: que desde el momento en que el Dios de la Eucaristía tome posesión de ella, todas, todas, todas las noches adoraremos en ella a Su Divina Majestad. — El Consejo.

En todas las órdenes de la Sección se fué dando cuenta del resultado asombroso de las inscripciones, que el 26 de Mayo siguiente a la orden que queda copiada pasaban de 25.000 pesetas en efectivo, de ellas 7.800 en oro, y en Junio ascendía a 35.000 y 10.500 pesetas, respectivamente.

El 5 de Julio de 1914 fué día de grandes y santas emociones. Reunidos en los Talleres de Arte el Consejo y una numerosa Comisión de Adoradores activos y honorarios, el Notario don Alejandro Arizcun levantó el acta, que todos conocéis, publicada en la orden número 160 de Julio-Agosto 1914, y en la cual consta: *que había en dos bandejas, ya quitadas las piedras y purificado el oro, cadenas, pulseras, medallones, sortijas, monturas de pendientes y alfileres, tapas de relojes, gemelos, etc., que pesado dió cuatro kilos y ochocientos diez y ocho gramos; y en otra bandeja, las monedas de oro siguientes: ESPAÑOLAS: Cuatro monedas de cien pesetas; cuarenta y una onzas de a ochenta pesetas; nueve medias onzas de a cuarenta pesetas; doscientas once piezas de a veinticinco pesetas; veinticuatro monedas de a veinte pesetas; setenta y siete de a diez pesetas, con algunas francesas de diez francos; cuarenta y dos monedas de cinco pesetas, alguna de las cuales es de la América española. EXTRANJERAS: Una de cien francos del Principado de Mónaco; una de diez dollars de los Estados Unidos; diez y seis libras esterlinas; una libra americana; otra libra de la República del Transvaal; dos monedas alemanas de veinte marcos; treinta y una francesas; una belga y otra rusa de a veinte francos, y doce medias libras de los Estados Unidos.*

Consta en la misma acta que los lingotes de oro, después de la fundición, pesaron: los de las alhajas, *cuatro kilos y setecientos cuatro gramos*, y los de las monedas, *tres kilos novecientos treinta y seis gramos*, que dan un total de *ocho kilos y seiscientos cuarenta y tres gramos de oro.*

El 15 de Agosto siguiente se hizo otra fundición de alhajas y monedas; y en acta levantada por el mismo Notario, consta: *que el oro de las alhajas pesó un kilo y cuatrocientos veinte gramos, y el de las monedas de oro, que fueron: cuatro de a ochenta pesetas, veinticuatro de veinticinco, nueve de veinte, seis de diez, siete de cinco y dos de doce pesetas cincuenta céntimos, pesaron cuatrocientos un gramos.*

A pesar de que nuestro deseo era que la Custodia se estrenase en el mes de Noviembre de 1914, la gran cantidad de oro y piedra recibidas y que se seguían recibiendo, obligó al artista a variar más de una vez el primitivo modelo para dar cabida a tanta riqueza, lo cual retrasó la terminación de la obra.

En la orden del mes de Marzo de 1915 ya pudimos anunciar, como probable, la noche del 16 al 17 de Mayo siguiente para tener el consuelo de dedicar al Dios de cielos y tierra el homenaje de nuestro amor; y el Señor nos lo concedió, como lo demuestra la siguiente orden:

Vigilia general ordinaria y extraordinaria en la Santa Iglesia Catedral de Madrid, en la noche del domingo 16 al lunes 17 de Mayo de 1915.

Amadísimos Hermanos: ¡Noche sublime, de perdurable memoria, será la de la fecha indicada en que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, tomará

posesión del trono que con oro y piedras, perlas y lágrimas habéis fabricado para que sirva de cárcel al que, no cabiendo ni en los cielos, ni en la tierra, ni en los abismos, se oculta, por amor a los hombres, en los blancos accidentes de una hostia de pan!

Bien quisiera el Consejo disponer de una iglesia capaz para cobijar bajo sus bóvedas, no tan sólo a las 6.411 personas que han contribuído con sus limosnas, sino a todos los amantes del Augusto Sacramento, que son todos los habitantes de Madrid, como lo son, gracias a Dios, todos los españoles; pero como esto no es posible, y para conservar el orden que reina en todos los actos del Real Servicio Eucarístico Nocturno, es de absoluta necesidad que en esa noche hagamos derroches de sacrificio y ofrezcamos a nuestro buen Jesús hasta nuestros más puros deseos, obedeciendo ciegamente las órdenes que recibamos de los encargados para ello.

¡Qué días y qué noches las que precedieron a la fecha señalada! ¡Qué entusiasmo entre los Adoradores y entre todas las clases de la sociedad amantes de Jesús Sacramentado! ¡Qué gozo tan grande cada vez que recibíamos noticias de la llegada de nuestros hermanos de provincias! Y ¡qué pena por no contar con un templo capaz de cobijar bajo sus bóvedas a tantos y tantos miles de almas que no pudieron entrar en la Santa Iglesia Catedral, a pesar de sus grandes dimensiones!

Otra pena tuvimos que ofrecer al Señor. Con gran entusiasmo se había encargado del sermón en noche tan memorable, el Excmo. y Rmo. Sr. Obispo de Osma, Adorador nocturno veterano y amante como el que más de la Adoración Nocturna, y casi en vísperas de la fecha fijada recibimos la siguiente carta:

Burgo de Osma, 12 de Mayo de 1915.—Señor don Andrés Maldonado Sánchez.—Mi amadísimo amigo: Dios pide un sacrificio: el de mi humilde plática en nuestra gran fiesta eucarística.

He hecho los esfuerzos posibles por restablecerme del todo, y he tenido hasta estos últimos días algunas esperanzas de conseguirlo. Ahora veo que no se lo merezco a Dios. ¡El sea bendito! Continúo convaleciente y débil, sin fuerzas para hablar en público y aun tal vez sin las necesarias para hacer el viaje sin peligro de otra recaída.

Perdóneme usted, pues; perdónenme todos. Crean que mi voluntad está siempre dispuesta a complacerlos, y que siento vivísimamente no poder cumplir la palabra que les había empeñado con tan intensa alegría.

Ahí hay, afortunadamente, oradores ilustres y beneméritos que me sustituyen con gran ventaja. Sin duda ha dispuesto Dios que yo no desluciera la fiesta. Ustedes ganarán en el cambio; sólo yo me veré privado del placer de contribuir a la gran solemnidad y de gozar de los dulcísimos consuelos de esa vigilia.

Desde aquí los acompañaré a ustedes en espíritu, y, mientras canten en esa Catedral los Adoradores de toda España el solemnísimo *Te Deum*, repetiré confundido y humillado: Domine, non sum dignus!

Rueguen por mí al Santísimo Sacramento.

Ayer quise escribirle; hoy recibo su cariñosa carta. ¡Con cuánto dolor le contesto en esta forma!

Le ama de todo corazón su pobre amigo, q. l. b. l. m., † *Manuel*, Obispo de Osma.

Ya comprenderán todos nuestra pena y nuestros apuros para encontrar persona que sustituyera al señor Obispo; y después de hacer varias gestiones sin resultado, porque ninguno quería encargarse del sermón por falta de tiempo para prepararse, acudimos a nuestro paño de lágrimas, a los Padres Agustinos: primero dimos cuenta de nuestra situación al R. P. Víctor Villán, Provincial en aquella fecha, y animados por él, rogamos al P. Zacarías nos sacara del conflicto en que nos veíamos; y aunque en principio se negó, hecho cargo de la situación en que nos encontrábamos, encomendándose a Dios y a su Santísima Madre, se comprometió a sacarnos de tan gran apuro. Dios se lo pague.

Dejemos la pluma a dos asistentes a los actos siguientes para que nos cuenten sus impresiones.

LA VIGILIA GENERAL

El recuerdo de aquella noche santa vivirá siempre en la memoria y en el corazón de cuantos pudimos contemplar a Jesús en su nuevo trono. La Comisión organizadora puso cuanto estaba de su parte, para que la fiesta resultase brillantísima: los primores del arte, los lujos de una decoración espléndida, el orden y la buena marcha en todo. La mano de Dios hizo algo más, y la obra salió completa: tocó al corazón de las muchedumbres, y la fe se desbordó viril y pujante en raudales de amor, dando en aquella fiesta la sensación de lo sublime.

Mucho antes de la hora de entrada, que era la de las nueve, nutridos grupos de señoras y de caballeros esperaban en los alrededores de la Catedral, con el ansia naturalísima de poder hallar sitio, para asistir a la Vigilia; y tal fué la afluencia de personas piadosas, que hubo necesidad de abrir el templo media hora antes de lo que se había anunciado. Fué entrando, pues, aquel inmenso gentío: los caballeros por la calle de la Colegiata y por la de Toledo las señoras; ocupando éstas la parte posterior de la iglesia, y aquéllos, el crucero y parte de la nave central. A pesar del esmero que puso la Comisión de orden en que no quedase ningún sitio vacío, a las nueve y media hubo precisión de cerrar la puerta de la calle de Toledo, por estar ya materialmente atestado el lugar reservado a las señoras; en el que ocupaban los Adoradores, sucedía otrotanto. El deseo de contemplar a Jesús en la nueva Custodia era inmenso; el local elegido para el grandioso acto, aunque de grandes dimensiones, resultaba pequeño; e infinidad de devotos del Augusto Sacramento hubieron de resignarse y ofrecer a su Dios el sacrificio de no tomar parte corporalmente en las solemnidades de aquella noche inolvidable.

En la sacristía se reunían, entretanto, el clero secular y regular, el Consejo Supremo de la Adoración Nocturna Española, los individuos de los turnos 15, 16 y 17, que con los veteranos estaban encargados de cubrir la Vigilia, y los representantes y abanderados de las Secciones adoradoras de provincias.

Los cargos de la Vigilia se distribuyeron del modo siguiente: *Capellán*, M. I. Sr. D. Francisco Paja y Ferrera, Director espiritual; *Jefe de Noche*, Ilmo. Sr. D. Luis de Pando y Pedrosa, Presidente del Consejo Supremo de la Adoración Nocturna Española; *Maestro de Ceremonias*, D. Andrés Maldonado y Sánchez, Vicepresidente del Consejo Supremo; *Secretario*, D. Rafael Pardiñas y Vallalta, Secretario de la Sección de Madrid.

El aspecto que ofrecía la Catedral era verdaderamente hermoso y deslumbrante. Riquísimas colgaduras cubrían sus paredes laterales y todo el presbiterio; en un pasillo central, a lo largo de la iglesia, se destacaban, dando una nota de color al cuadro, las noventa y una banderas de las Secciones adoradoras de provincias, representadas en el acto. La iluminación era en extremo espléndida: pendientes de las bóvedas, se repartían por todo el templo hasta ciento sesenta arañas; formaban éstas sobre el presbiterio un arco de veinticinco en primer término; una cruz gigantesca con pedestal y corona en el centro; más cuatro dobles series verticales al exterior y al fondo, que, con ocho grandes candelabros, colocados sobre el altar mayor, y el alumbrado de rúbrica, sumaban un total de mil quinientas luces aproximadamente. Y en este marco grandioso de luz, el altar mayor, recubierto de flores y coronado por la gran Custodia, semejaba el más augusto de los tronos, en el cual esperaba ansioso el Rey de reyes el homenaje y el amor de sus hijos.

Momentos antes de las diez, el clero catedral, numerosos individuos del secular, entre ellos el artista constructor de la Custodia, don Félix Granda Buylla, y Comisiones de religiosos Agustinos, Dominicos, Franciscanos, Carmelitas, Hermanos de San Juan de Dios, Trinitarios y de la Merced, Paúles, Redentoristas, Hermanos de las Escuelas Cristianas, etc., a más de los seminaristas, invadían materialmente el amplio presbiterio. Con la puntualidad en él característica llegó el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis, que había de oficiar en la Vigilia; revistióse de pontifical, y entre las ansias impacientes y silenciosas de la muchedumbre, dió principio la gran ceremonia.

Por las altas bóvedas del templo se extendieron vibrantes las diez campanadas del reloj, con toda la pausa y majestad de los momentos solemnes; en los ojos de aquellos cristianos innumerables brillaban las emociones contenidas; y entonado el himno, a la vez triunfal y melancólico, del *Vexilla Regis prodeunt*, llena de majestad, cruzó iglesia adelante hasta llegar al presbiterio, la bandera de Madrid, escoltada por las de las archidiócesis, más otras siete de tarsicios. Cantóse a continuación el *Sacris solemniis* con toda la grandiosidad, robustez y energía, que las grandes masas corales imprimen en los himnos religiosos; una voz potentísima preludió las solemnes notas del *Pange lingua;* a la señal de la de Madrid ondearon en los aires las noventa y una banderas, rindiéndose hasta el suelo en homenaje a su Rey; y entre aquellos cánticos de fe y de amores entusiastas, entre las nubes flotantes del incienso, apareció al fin Jesús Sacramentado sobre el trono de oro y pedrería, levantado, más que a los impulsos del arte, al conjuro generoso de los corazones. Era el momento ansiado, el momento solemne. Todos los ojos, llenos de lágrimas, se dirigían en impulso irresistible hacia la Hostia Santa; era aquel un instante delicioso, en el cual todo irradiaba luz y amor: luz en los ojos y en las almas; amor en los labios y en los corazones; luz brillantísima en los haces de chispas, que brotaban de la Custodia; y amor infinito en aquel Dios, que desde el áureo viril bendecía entonces a tantos hijos que le adoraban, y también tantas lágrimas, tantas privaciones, tantos sudores y tantos arranques generosos, merced a los cuales pudo cincelarse aquel trono espléndido y magnífico.

A continuación el P. Zacarías Martínez-Núñez, Director del Colegio de PP. Agustinos de esta Corte, pronunció el magnífico sermón, que publicamos íntegro en otro lugar de este folleto. Harto grande es el renombre que de orador goza, y muy a su sabor podrán los lectores gustar las bellezas de su discurso magistral, para que nos detengamos en prodigarle ditirambos; sólo con-

signaremos aquí que el deseo de oirle era grandísimo, como siempre; y que así en los periódicos del día siguiente, como en las conversaciones de aquella noche, se hicieron grandes alabanzas de la admirable oración del P. Zacarías.

Terminado el sermón, nuestro Excmo. Prelado entonó el *Te Deum*, que continuaron todos los asistentes al acto, dando al hermoso himno proporciones de majestad indescriptible; se leyó después la *Oración por la Paz* y se hizo el acto de desagravios. Fué éste uno de los momentos de mayor emoción para el cronista. Allá en las altas horas de la noche, cuando muchos infelices corrían desatentados en pos de las locuras de la carne y de la vida, a los pies del más hermoso de los tronos se apiñaban miles de hombres y de mujeres, de almas santas, entonando cánticos de alabanza en honor de su Dios, pidiéndole que enviase la aurora de un nuevo día sobre los campos de la Europa ensangrentada, y las dulzuras del perdón y de la misericordia sobre todas las miserias del alma, sobre todos los infelices de la tierra.

Después del acto de desagravios, dió principio el Oficio del Santísimo Sacramento, cantándose el Invitatorio y *Sacris solemniis*, en que alternaban la capilla de música y todos los concurrentes, terminando así la parte primera y más solemne de la Vigilia.

A las doce de la noche, el Consejo Supremo y los representantes de provincias, formando varias filas en el presbiterio, rezaron, semitonados a dos coros, el primero y segundo nocturnos de *Maitines*. A la una hicieron lo propio con el tercer nocturno los turnos 30, 15, 17, 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º, 6.º y 7.º. A las dos, principiaron el rezo de *Laudes* los 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 16, 18 y 19. Desde el himno hasta el fin del Oficio, todo lo restante fué cantado solemnemente por la Guardia en pleno. A las tres rezaron el Trisagio a la Beatísima Trinidad los turnos restantes. Cuando cada sección de la Guardia terminaba los rezos marcados en la orden, los Adoradores continuaban al pie de Jesús, hasta la hora inmediata, en fervorosa oración.

Durante los ratos de descanso, los Adoradores comentaban en los claustros del Instituto de San Isidro las emociones religiosas de la noche; pero, como si un fuerte imán les atrajese, a cada momento tornaban a la iglesia, para recrear su espíritu en el hermoso espectáculo que ofrecía Jesús en su nuevo trono, y para elevarle sus plegarias llenas de fe y de amor. Los que, con harto sentimiento de su alma, no pudieron entrar en el templo en las horas primeras de la noche, lograron también saciar sus anhelos cuando, acabado el *Invitatorio*, iban quedando huecos en la iglesia.

Por fin, a las cuatro de la mañana dió principio la *Misa solemne*, que celebró el M. I. Sr. Deán, y en la que cantó con singular maestría la Capilla de la Catedral. A la misma hora se dijeron dos misas rezadas en las capillas laterales, con objeto de repartir en ellas la Sagrada Eucaristía a las señoras, pues el altar mayor se reservaba para la comunión de los caballeros solamente. De nuevo el templo se vió lleno de fieles, como en las primeras horas de la Vigilia, todos ellos ansiosos de acercarse a la Sagrada Mesa. Y fué de ver aquel gentío inmenso, aquellos millares de fieles que, en medio del mayor orden y con fervor realmente extraordinario, iban recibiendo el Pan de los Angeles. De 70 a 80 minutos duró la Comunión en los tres altares: ¡tan grande era el amor divino, que en aquella noche prendió en los corazones!

Terminada la misa, comenzó a organizarse la procesión, que en aquella mañana de Mayo daría en las calles de Madrid una prueba elocuente de la piedad española.

LA PROCESION

Como todas las funciones eucarísticas celebradas en la piadosa coronada villa, resultó brillante y hermosa la procesión celebrada a raíz de la solemne misa de la Catedral.

Se temió en un principio que hubiera que suspenderla por lo desapacible del tiempo. Pero el Dios de los cielos ordenó que benéfica lluvia regara las calles, aromatizando la atmósfera como suavísimo rocío y maná delicioso, que anunciara su próxima salida y la marcha triunfal, que había de hacer a través de las calles de Madrid. No lluvia, rocío matutino que parecía formado por las lágrimas de emoción de los Adoradores de Cristo, las cuales, elevadas por el humo del incienso, descendían luego para refrigerar las mentes por el amor al Salvador, acompañó en todo su curso a la hermosísima procesión.

Una hora no escasa fué necesario emplear en su organización. A las seis comenzó el desfile y a las siete en punto salía del templo el Santísimo Sacramento, encerrado en la nueva custodia, sobre artísticas andas, expresamente construídas para esta ocasión. Gigantesco ramillete de flores semejaba, en cuyo centro resaltaba doblemente la Custodia, por ser el trono del Altísimo y por su riqueza incomparable. En hombros de cuatro sacerdotes Capellanes de Turno, que alternaban con otros tantos PP. Paúles, revestidos de casullas, y en medio de larguísimas filas de Adoradores, sacerdotes seculares y religiosos de todas las Ordenes, hizo su triunfal carrera.

Hermoso espectáculo se ofrecía a los ojos del espectador; filas interminables de Adoradores con cirios encendidos; representantes de todas las clases sociales; allí el Ejército, allí la Armada luciendo sus vistosos uniformes, allí la nobleza, allí el pueblo, allí el clero, allí las Ordenes religiosas, cuyas nutridas representaciones daban cierto matiz especial a la procesión por la variedad de sus hábitos.

Habíase avisado a los vecinos de las calles de la carrera la hora aproximada en que pasaría la procesión por delante de sus casas, y solícitos engalanaron ventanas y balcones a porfía, ofreciendo todas ellas vistosísimo aspecto. Recorrió el Sacramento las calles de Toledo, Colegiata, Duque de Rivas, Salvador, plaza de Santa Cruz, calle de Esparteros, Puerta del Sol, calles del Carmen, Salud, Hilario Peñasco, Desengaño y Valverde.

Como en casi todo el trayecto antes de perder de vista una iglesia llegaba el Sacramento al alcance de otra, en toda la procesión le acompañó el sonido de campanas, que alternaban sus alabanzas con los acordes de las músicas militares y los himnos eucarísticos de los Adoradores.

El orden de la procesión fué el siguiente:

Rompían la marcha un piquete de a caballo y cuatro guardias de Orden público; a continuación iba la banda de música del Cuerpo de Ingenieros, siguiendo dos apretadas y larguísimas filas de Adoradores, todos con cirios encendidos, y en el centro todas las banderas que concurrieron a la Vigilia. Seguía a continuación la Cruz de la Santa Iglesia Catedral, el Consejo Supremo de la Adoración Nocturna Española, presidido por su Presidente, don Luis de Pando; detrás venían las andas portadoras del Santísimo Sacramento, a quien daban guardia de honor una escuadra de gastadores del regimiento de Asturias, seguido del Palio, cuyas varas eran llevadas por dignísimos jefes del Ejército y Armada, luciendo sus honrosos uniformes de gran gala, nunca mejor empleados que sirviendo al Rey de los reyes; el Preste con los sacer-

dotes oficiantes y el Ilmo. Sr. Obispo de Tignica, Vicario Apostólico de Fernando Póo, cerrando la marcha un piquete del regimiento de Asturias, con su banda de música.

Imposible pintar la emoción que causó este espectáculo nunca visto, digno solamente de la contemplación de los ángeles. Agolpábase inmensa muchedumbre en las calles y en las plazas para ver desfilar la interminable procesión, y las ventanas y balcones del tránsito, a pesar de lo intempestivo de la hora y lo desapacible del tiempo, se hallaban repletos de curiosos y devotos que arrojaban al pasar el Sacramento ramos de flores, produciendo una verdadera lluvia de rosas que cubrían el suelo. Fué una hermosa demostración de fe, a que tan bien se prestan los piadosos y delicados sentimientos del pueblo de Madrid; una segunda edición, en pequeña escala, de la grandiosa procesión del Congreso Eucarístico.

Con resultar toda la procesión hermosa y magnífica, el momento verdaderamente sublime, el que podíamos llamar de su *apogeo* fué el de la entrega de la Custodia a los PP. Agustinos, en plena calle, ante la estupefacción de los transeuntes indiferentes, la admiración de los tibios y las lágrimas de los creyentes y fervorosos. Acercábase la procesión a la iglesia de la Consolación, anunciada ésta por el sonido de sus campanas y las de las religiosas Mercedarias de Alarcón. Con majestad y brillantez salió al encuentro de la procesión la Comunidad de los Agustinos, presidida por su Provincial, P. Víctor Villán, revestido de capa pluvial y asistido por los PP. Máximo Herrero y Julián Rodrigo, que oficiaban de Diácono y Subdiácono respectivamente. Detrás venían cuatro agustinos revestidos con casullas, quienes en plena calle, sirviendo el mundo entero de templo, cuya bóveda le forma el cielo, entre las agradables melodías de los himnos eucarísticos, el ruido de las campanas y los ensordecedores acordes de la Marcha Real ejecutada por dos bandas militares, arrodillados todos los asistentes, que por completo llenaban la calle de Valverde, rendidas armas por el piquete de la guardia, postrada la patria española, representada en su bandera, ante Dios Sacramentado, y después de ofrecer al Señor el holocausto del incienso y el testimonio de su adoración postrados en tierra humildemente, recibieron de los PP. Paúles, que entonces le traían, el sagrado depósito.

¡Espectáculo el más grandioso, emocionante y sublime que cabe darse en la tierra y que seguramente dejó envidiosos a los ángeles del cielo!

Sólo Dios sería suficiente para expresar la emoción que el alma siente al presenciar escenas tan hermosas como ésta. Las lágrimas de los asistentes dieron testimonio de la sublimidad del espectáculo, que se renovó al hacer Jesucristo Sacramentado su entrada triunfal en la Consolación entre ensordecedores vivas, arrancados de los pechos de una muchedumbre ingente, que postrada de rodillas, rindió el tributo de su adoración al Dios grande, al Dios de los Ejércitos, al Dios de los pueblos y de las naciones, único Señor cuya presencia atrae a Sí los corazones de los hombres.

Dentro del templo fué depositado el Señor Sacramentado en el altar mayor, y cantado el *Pange lingua*, quedó expuesto todo el día hasta las seis de la tarde, velado por las señoras de la Adoración Diurna. Antes de llegar la procesión a esta iglesia, se habían hecho las obras indispensables, de manera que el mismo trono que por la noche estuvo en la Catedral, sirvió de asiento al Señor Sacramentado en la Consolación, colocado convenientemente delante del tabernáculo.

Por la tarde, en la Consolación

Hermoso sobre toda ponderación era el aspecto, que ofrecía la iglesia de Nuestra Señora de la Consolación. Desde una hora antes de empezar estaba como un mar de cabezas humanas; ni asientos, ni pasillos ni tribunas ofrecían un lugar libre, todo estaba de *bote en bote*. Dos filas formadas por diez y seis o diez y ocho banderas cada una cubrían el pasillo central desde la entrada del templo y terminaban en el presbiterio, también adornado con otras diez banderas, entre las que sobresalían la de la Sección de Madrid y la de la Adoración Diurna de Señoras. En las tribunas habían colocado otras quince y la baranda de la cúpula lucía también diez y siete banderas artísticamente combinadas. El trono, resaltando sobre la blancura del tabernáculo, reverberaba la luz, que chocaba en las múltiples facetas de sus diamantes, topacios y en la infinidad de piedras preciosas que le adornan.

A las seis se iluminó de tal manera la iglesia, que se dijera comenzaba un nuevo día sin terminar el anterior, por disposición especial de la Providencia.

Acompañado del M. R. P. Provincial, del P. Zacarías y varios otros Padres, ocupó su trono el Excmo. Sr. Nuncio de S. S., Monseñor Ragonesi, revestido de pontifical para oficiar en la Reserva.

Se rezó una Estación, el Acto de desagravios y la *Oración por la Paz* de Benedicto XV, y a continuación el coro de señoras de la Adoración Diurna cantó el motete de Gounod, *Benedictus qui venit in nomine Domini*.

Acto seguido subió al púlpito el Excmo. Sr. Obispo de Sión, que pronunció una hermosísima y elocuente oración sagrada, imposible de transcribir ni entresacar. Aunque pálidamente presentados, ofrecemos a los lectores algunos conceptos del sermón, tomados al vuelo.

Glosando las palabras del Profeta Rey: *A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris*, verdaderamente es admirable, dijo, y obra de Dios, porque lleva el sello de su grandeza, la manifestación de su poderío y la magnificencia de su Nombre, la obra que contemplan atónitos nuestros ojos y admiran nuestras inteligencias, anonadadas ante las maravillas, que el Señor sabe mostrar a sus escogidos.

Comenzasteis esta obra por la noche, en las sombras tal vez, para que resaltase más la armonía entre vuestra fiesta y la que celebráis, porque nada responde mejor al misterio que las sombras de la Naturaleza; sombras detrás de las cuales se esconde la luz del Sol, como se esconde Dios detrás del misterio. El misterio es sombra divina necesaria, porque a Dios, que es luz de luz, claridad inmensa que da resplandores al Sol y a las estrellas que pueblan el firmamento, fuente perenne de inextinguibles e intensos rayos, no habríamos de poder contemplarle frente a frente, sin sentirnos cegados por los reflejos luminosos de su divinidad. Sin embargo, debemos mirar a Dios, debemos estar en Dios, debemos dirigir todas las cosas a Dios, porque estudiando, examinando el mundo de la Naturaleza, el mundo de la gracia y el mundo de la gloria, cabe preguntar: ¿cuál es la razón de todos ellos? Mirad: la razón, la base, el principio de toda religión es la unión, más que la comunicación, entre el hombre y Dios. La religión une a Dios con el hombre, y al hombre con Dios, y el emblema de esta unión lo vimos unas horas en el Paraíso, en el Edén. ¿Qué queda en el Edén sin Dios? La sombra, la incertidumbre, el temor, el pecado, la vergüenza, la desnudez, la miseria. La

belleza del Edén no está en otra cosa, que en la presencia de Dios. ¿Qué queda del Edén sin Dios? Lo que sin Dios queda del templo. Porque el templo sin Dios, el templo profanado no es templo, puesto que Dios se ausentó de él.

Pero ¿es que Dios y el hombre estarán eternamente separados? No. Dios se separó del hombre para castigarlo por sus culpas, pero aunque el hombre se aleje, cometiendo nuevos pecados, cayendo de error en error y llegando a los desvaríos más vergonzosos e indignos, Dios lo persigue, lo busca, como busca el padre al hijo pródigo. Los pueblos paganos se alejaron de Dios, abandonaron a Dios, despreciaron a Dios, y luego se dedicaron a fabricar dioses de barro, de madera y de metal, a los cuales rindieron culto. Y es que el hombre no puede vivir sin Dios. Es más: pudiera decirse que tampoco Dios puede vivir sin el hombre. En el Antiguo Testamento vemos continuamente a Dios buscando al hombre en Abraham, en Isaac, en Jacob, en Moisés...

Hace después un admirable período enlazando la historia sagrada con la profana, evocando las figuras más salientes de ambas y relatando sus principales episodios, para cantar un himno al Dios misericordioso, al Dios no de las eternas justicias, sino de las eternas bondades, que lejos de olvidar su obra, corre tras el ingrato, tras el perjuro, tras el corrompido ser que le debe la existencia, y se pone delante del ser rey de la creación con toda la belleza de sus eternas perfecciones para atraerle y llevarle por el único camino verdadero. ¿Qué es el Portal de Belén—pregunta—sino una obra que se ha estado ensayando durante cuatro mil años? Entona un inspiradísimo canto al Misterio de la Encarnación, desposorio del Cielo con la Tierra, digno coronamiento de la obra de un Dios. No fué la Encarnación un fin, sin embargo; fué un medio. Por eso Jesús no terminó en Belén, sino que continuó su marcha: de Belén a Nazaret, luego a Egipto, más tarde a Nazaret de nuevo; después a Jerusalén, a Galilea... para terminar en el Calvario. Pero ¿es que el Calvario es el término? No, sino otra etapa de la vida de Jesús.

Es cierto que la sangre del Cordero fué derramada para todos; cierto que la Redención del Calvario fué una Redención universal. Pero había que particularizar, porque al lado mismo de la fuente que mana en el desierto, puede morir el peregrino, que ignora su existencia, o que es rebelde a llevar a sus labios ardorosos el agua fresca. Por eso es necesario que Dios llegue hasta el fondo del alma, donde radica el pecado.

¿Y cómo ha de llegar hasta el alma la sangre del Calvario? Sí; Dios es infinitamente misericordioso, Dios no podía dejar mediada su obra, y para eso ideó un plan: se excedió a sí mismo, si pudiera Dios superarse, creando el Sacramento de sus bondades, el Sacramento de la Eucaristía. Detrás del Calvario está el tabernáculo, está el altar con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, con la substancia de Cristo.

¿Pero acaso el término de la Eucaristía es el tabernáculo donde Dios recibiera las adoraciones de los hombres, como en figura las recibió en el Arca Santa del Antiguo Testamento? Pues no lo es: todavía hay un paso. El término de la Eucaristía es el corazón del hombre, tabernáculo más hermoso que el más suntuoso fabricado de mármoles o jaspes o metales y piedras preciosas, porque el corazón del hombre es de carne y hace lo que aquellos otros no pueden hacer: ama, bendice y agradece.

¿Comprendéis ahora el porqué de la Adoración? Sí lo comprendéis; hoy mejor que nunca.

Tratando de la corriente de las costumbres y de la corriente de las ideas, en párrafos maravillosamente cincelados afirma, que estas corrientes, en la actualidad, tienen una tendencia: la tendencia a la supresión de todo el orden sobrenatural. A arrojar a Dios de las escuelas, a negarle la participación en los tribunales de justicia, a desterrarle de la sociedad como un ser anticuado, como algo inútil, como algo perjudicial, como algo exótico, cuya presencia ofendiera o estorbara a la natural marcha, que la Humanidad a sí misma trate de imponerse.

Ante esta tendencia levántanse inagotables medios de defensa, y entre todos ellos, como el más fuerte, como el más poderoso, la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Recordando e historiando cómo se ha propagado desde cincuenta años a esta parte la devoción a Jesús Sacramentado, antes—dice—había que ir a buscar a Jesús a determinadas iglesias para postrarse ante El. Ahora son muchos los templos, en que Jesús está expuesto durante todo el día en el Santísimo Sacramento del Altar. Ya no hay día ni hay noche para adorar a Dios, porque la Adoración Nocturna, continuando la obra de la Adoración Diurna, vino a continuar el día, vino a iluminar la noche, haciendo de las sombras raudales de luz purísima.

¿Qué es la adoración? Santo Tomás de Aquino dice que es la postración absoluta del hombre en presencia de Dios; es el alma que dice: Acuérdate de los amores divinos y póstrate ante Jesús. Eso es la Adoración Nocturna: la postración, el anonadamiento, el reconocimiento de la nulidad del hombre, el ofrecimiento del sacrificio en satisfacción por los pecados de los hombres. Su nota es la conmiseración de Jesús, porque en su vida eucarística sufre Jesús las mismas ofensas que sufrió en su vida natural. También hoy existen y brillan por esos mundos Judas que le venden y Pilatos que se avergüenzan de confesarle y defenderle.

En párrafos grandilocuentes evoca el cuadro del pueblo judío pidiendo que cayese sobre él y sobre sus hijos la sangre de Jesús, el día en que Cristo caminaba con la Cruz a cuestas camino del Calvario, diciendo que nada hay más distinto de aquel cuadro que el que veinte siglos después, hoy por la mañana, cuando apenas el Sol dejó asomar sus primeros rayos por Oriente, ofrecían las calles de Madrid, proclamando a Cristo Jesús como Rey de reyes y Señor de los que dominan. Ha caído la sangre del Justo sobre nuestras cabezas, pero no es señal de venganza, sino signo de misericordia. Se cumplió el deseo del pueblo judío, y la sangre de Jesús brilla en la frente de la Humanidad para condenación de los pertinaces y empedernidos, y para salvación de los que humildes abaten su rostro hasta el suelo y ofrecen su cerviz al yugo sacrosanto, al Madero vencedor, al Lábaro santo de la Cruz.

Antes de acabar el día de hoy—concluyó diciendo—, prosternémonos ante Jesús, pidiendo también que caiga su divina sangre sobre nuestras almas, sobre nuestras familias, sobre nuestros reyes, sobre nuestra Patria, sobre esta pobre y desolada Europa, que, desligándose del yugo suave del Señor, quiso prescindir de su Vicario en la tierra, excluyéndole del Congreso de la Paz, y cosecha ahora las tempestades cuyos vientos sembró yendo contra los avisos del cielo, para que, purificados con esta sangre benditísima, podamos seguir nuestra terrenal peregrinación y llegar a la Sión divina.

Este, a grandes rasgos, fué el sermón del señor Obispo de Sión, aunque estamos seguros, de que este extracto no es ni pálida sombra del original.

Después del sermón hízose solemnísima Reserva, oficiando de pontifical el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Monseñor Ragonesi, quien dió la bendición a los fieles, terminando la función con el himno del Congreso Eucarístico.

COMISIONES

Asistieron con bandera las de las Secciones de Zaragoza, Santiago de Compostela, Sevilla, Burgos, Valladolid, Toledo, Lugo, Plasencia, Salamanca, Valdepeñas, Ciudad Real, Monforte, Aranjuez, Villarejo de Salvanés, Portugalete, Santander, Segorbe, Mahón, Consuegra, Vall de Almonacid, Quintanar de la Orden, Alcalá de Henares, Villajoyosa, Gijón, Oviedo, Navas del Marqués, Avila, Bilbao, Almería, Cuenca, Segovia, Jaén, Tudela, Cabra, San Sebastián, Puente Genil, Torrelavega, Montilla, Asteasu, Villagarcía de Arosa, Amorebieta, Villacañas, Torreperogil, Santoña, Durango, Ubeda, Castroverde del Campo, Villafranca (Guipúzcoa), Pamplona, Ciudad Rodrigo, Brihuega, Navia, Soria, Torre del Campo, Tolosa, Begoña, Arjonilla, Logroño, Cirauqui, Almendralejo, Ablitas, Elorrio, Campo de Criptana, Mancha Real, Eibar, Tordesillas, Ceanuri, Hellín, Santurce, Guecho, Placencia (Guipúzcoa), Guernica, Guarnizo, Astillero, Ataun, Carabanchel Alto, Alcázar de San Juan, Cabuérniga, Comillas, Zalla, Bermeo, Berriz, Santillana del Mar, Cuevas de Vera, y las de tarsicios de Bilbao, Durango, Guecho, Portugalete, Quintanar de la Orden, Tolosa y Ciudad Real.

Todas las demás Secciones que no pudieron asistir, unas por carta y otras por telegramas y telefonemas, se adhirieron entusiastamente a las solemnidades que quedan reseñadas, sintiendo no publicar alguna de estas adhesiones por la dificultad de elección e imposibilidad de publicarlas todas.

El M. I. Sr. D. Bernardo Barbajero, Deán de la Santa Iglesia Catedral de Madrid, que a pesar del cansancio natural de celebrar la Santa Misa y administrar Comunión tan numerosa, no quiso ceder la capa y presidió la procesión, entusiasmado ante espectáculos tan grandiosos, nos escribió la siguiente carta:

Sr. D. Andrés Maldonado.—Mi querido y buen amigo: Mi mayor satisfacción, y mi honor grande, y el obsequio especial que me han dispensado esos benditos Adoradores de Jesús Sacramentado, no es haber cantado la Misa solemne, ni haber dado la Sagrada Comunión a tantos y a tantos, tan bien dispuestos y ordenados, ni haber ido de Preste en la pública y solemne Procesión: todo lo más elevado, lo más alto; el privilegio exclusivo es haber sido *el primero que dió la bendición con la rica y artística Custodia.*

Así quiero que conste en la reseña histórica que ustedes escriban: «Don Bernardo Barbajero, Deán de la Catedral, fué el primero que dió la bendición con la Custodia construída por...»

Esto es *orgullo.* Dios me lo perdonará...

Suyo siempre afectísimo amigo y capellán, *Bernardo Barbajero.*

Terminados los cultos en la tarde del 17 de Mayo, en la forma que queda expresada, volvió la Custodia y trono a los Talleres de Arte para terminar los detalles que faltaban; y como el deseo de todos era el contemplar de cerca tan hermosa joya, se acordó exponerla en los mismos talleres, y durante el mes de Octubre pasaron de 30.000 personas las que desfilaron por el salón donde estaba colocada. Para que los visitantes se hicieran cargo del simbolismo de toda la obra, se repartió profusamente el siguiente folleto:

CUSTODIA PARA LA ADORACION NOCTURNA

Sr. D. Andrés Maldonado.—Mi buen amigo: Acaso sea muy grande mi atrevimiento; querer infiltrar el espíritu cristiano que informó el arte religioso de los siglos pasados, en el de hoy. Aquel gran arte, espigando en todos los campos, recogiendo flores en todos los jardines, reuniendo tradiciones artísticas de todos los pueblos, tejió en torno de Cristo, su Dios y Maestro, a quien mucho amaba, una corona inmortal. Las flores de esta corona, ya marchitas, esparcidas por doquiera, nos cautivan con su belleza ideal; aún en estas ruinas brillan los destellos de Oriente, aún se siente la armonía y bellezas de Grecia, y ni los hombres ni los siglos pudieron borrar de ellas la profunda huella que trazaron los dolores y doctrinas del Maestro.

Hoy renegamos de nuestro pasado derribando por tierra los restos gloriosos que nos legó, o cubriendo con afeites y disfraces su augusta vejez, y tejemos en torno de Cristo una corona con oropeles, y sólo atendemos a lo que brilla y no es; y vestimos ideas mezquinas con formas venerandas que saben a disfraz, y vestimos ideas santas y grandes con formas arlequinescas que saben a profanación, y huimos de aquellos templos grandes, henchidos de la poesía y el misterio de los siglos que los envejecieron; porque a nuestras pobres almas, frías, yertas, les asusta su augusta majestad, y dejamos que la indiferencia, malicia y abandono de los hombres, a la par que el peso de los años, los reduzcan a montones de ruinas, y levantamos y enriquecemos templos pretenciosos y ruines, más conformes con nuestro estado de alma.

¿Puede sernos indiferente este estado de postración en que se tiene el arte religioso (pues el arte profano aún vive vida próspera) a los que le amamos? ¿Debemos los que aún sentimos la música de ideas que nos sugiere este arte con sus símbolos permanecer indiferentes? ¿Hemos de dejar perderse una lengua que sin palabras se hace entender de todos los que une Cristo y llena sus almas de alegrías?

Ya sabe usted que he procurado en mis obras hacer que el espíritu del pasado anide en ellas. Dar, sin dejar de ser modernas, sin hacer una imitación servil, impresión de antiguas; aprovechar lo mucho bueno que tenemos en nuestro tiempo, como ropaje de ideas que viven siempre, y que todo esté dentro de una gama, que casi no se adivine en dónde termina lo antiguo y comienza lo moderno.

Fué mi intento al recibir este encargo, hacer una Custodia que fuese expresión plástica del gran amor que la Adoración Nocturna siente por Cristo en la Eucaristía, y que al ofrecer ella sus sacrificios y oraciones, fuese como el aroma que la tierra regada por la Sangre del Divino Cordero exhala; mientras que otros hombres, o dormidos o entregados a los desórdenes y crímenes, olvidan o ultrajan su escondida majestad. Ellos en nombre de la Humanidad entera dan honor y gloria al que henchido de amor y sacrificios por nosotros mora en el Sagrario.

He tomado de la Sagrada Escritura aquellos asuntos que creo representan esta idea, y luego, con formas artísticas varias, sin tratar de hacer más que revestir estas ideas con un ropaje digno, procurando que el oro y las piedras preciosas se presentasen con modestia, sin hacer alarde de lujo ni riqueza, ni buscar formas complicadas. Un trono sencillo, terminado en un pobre frontón; un pedestal con planta poligonal, y en el centro, teniendo como fondo un arco sostenido por dos columnas y cobijado por el frontón,

la Custodia, con círculos concéntricos en la planta. Se agrupan las figuras del pie como arbotantes, formando un alzado cónico. En el sol o gloria que rodea el viril, también círculos concéntricos. Cima con la cruz.

En el pedestal del trono ocho figuras, dos a dos, en cuatro de los ángulos remedan cariátides, que soportan el friso sobre el que asienta la Custodia. Abraham e Isaac recuerdan el sacrificio que se ofreció un día en el monte Moriah, figura del que llegados los tiempos se consumó en el Calvario.

Moisés y un hombre atormentado por serpientes, es alegoría de la salvación hallada en la Cruz.

Melchisidech, rey de Salem, con un guerrero ofreciendo el pan y el vino, es figura de Cristo, Rey y Sacerdote Eterno.

Los profetas David e Isaías nos enseñan muchos siglos antes a Cristo.

Detrás de estas estatuitas se desarrolla una composición; su significación nos la indica la inscripción que sobre ella corre: EN LECTULUM SALOMONIS SEXAGINTA FORTES AMBIUNT EX FORTISSIMIS ISRAEL. OMNES TENENTES GLADIOS ET AD BELLA DOCTISSIMI UNIUSCUYUSQUE ENSIS SUPER FEMUR SUUM PROPTER TIMORES NOCTURNOS.

La Iglesia con estas palabras de la Esposa del Cantar de los Cantares, nos muestra el tabernáculo, descanso del divino Salomón, a quien por la noche velan los varones escogidos de Israel, su pueblo santo; todos ellos pertrechados de sus armas, ceñidos de la espada del espíritu; sobre sus escudos se leen las palabras que el Maestro dijo a sus discípulos en la memorable noche de la Cena: VIGILATE ET ORATE. Están vigilantes contra los temores de la noche y contra los peligros que continuamente están maquinando y moviendo los Príncipes de las tinieblas contra la Iglesia militante y sus miembros.

Sobre este trono de plata repujada, cincelada y dorada, con variedad de motivos, y enriquecido con piedras preciosas, se coloca la Custodia de oro finamente labrado, cuajada de ricos diamantes, esmeraldas y rubíes.

Está inspirada en el Apocalipsis.

Al punto, dice San Juan, fuí elevado o arrebatado en espíritu y vi un solio colocado en el cielo... En torno del solio un arco iris de color de esmeralda, y alrededor del solio veinticuatro ancianos revestidos de ropas blancas con coronas de oro... y alrededor del trono cuatro animales. El primer animal parecido al león y el segundo a un becerro y el tercer animal tenía cara como de hombre y el cuarto semejaba a un águila volando; cada uno de los cuatro animales tenía seis alas... Y mientras, aquellos animales tributaban gloria y honor y bendición o acción de gracias al que estaba sentado en el trono, que vive por los siglos de los siglos. Los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono y adoraban al que vive por los siglos de los siglos, y ponían sus coronas ante el trono diciendo: «Digno eres, ¡oh, Señor, Dios nuestro!, de recibir (de la boca de las criaturas todas el tributo de) la gloria y el honor y el poderío; porque tú criaste todas las cosas y por tu querer subsisten y fueron creadas»... Después vi en la mano derecha del que estaba sentado en el solio un libro escrito por dentro y por fuera sellado con siete sellos. Al mismo tiempo vi un Angel fuerte y poderoso pregonar a grandes voces: «¿Quién es digno de abrir el libro y de levantar sus sellos?»; y ninguno podía, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, abrir el libro ni mirarlo. Y yo me deshacía en lágri-

mas, porque nadie se halló que fuese digno de abrir el libro ni registrarle.

Entonces uno de los ancianos me dijo: «No llores; mira como ya el león de la tribu de Judá, la estirpe de David, ha ganado la victoria para abrir el libro y levantar sus siete sellos»; y miré, y vi que en medio del solio y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, estaba un Cordero como inmolado. Y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras o arpas y copas o incensarios de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos.

Y cantaban un cántico nuevo diciendo: «Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque tú has sido entregado a la muerte y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus y lenguas y pueblos y naciones, con que nos hiciste para nuestro Dios, reyes y sacerdotes (1).

Vi también y oí la voz de muchos ángeles alrededor del solio y de los animales y de los ancianos y su número era de millares de millares, los cuales decían en alta voz: «Digno es el Cordero que ha sido sacrificado de recibir el poder y la divinidad y la sabiduría y la fortaleza y el honor y la gloria y la bendición». Y a todas las criaturas que hay en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y las que hay en el mar; a cuantas hay en todos estos lugares, a todas las oí decir: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición y honra y gloria y potestad por los siglos de los siglos»; a las que los cuatro animales respondieron: AMEN.

Resumiendo; ha querido la Adoración Nocturna que con todas las ofertas, ricas y pobres, hiciese un trono para Cristo que fuese humilde obsequio de su amor; por lo tanto, en mi composición es un solo objeto el trono y la Custodia; de plata y piedras preciosas aquél, y ésta como sitio que está más cerca de El, como escabel de sus pies, de oro más finamente labrado y de más ricas piedras.

En el pedestal, como sitio más apartado, los recuerdos del Antiguo Testamento, y la alusión a la Adoración Nocturna.

En la Custodia, el Nuevo Testamento.

Son los hombres ya purificados por la sangre del Cordero, al que siguen (por esto se anotan sobre el libro colocado sobre el trono aquellas palabras de Cristo: EGO SUM VIA VERITAS ET VITA).

Unos ofrecen a Jesús las riquezas, el poder... representados por las coronas de oro; otros las ciencias y las artes, simbolizadas por las cítaras o arpas, y los otros las oraciones que representan los pebeteros llenos de incienso, cuyo humo sube al trono de Dios.

Mas, para que el hombre pueda llegar a Dios, tiene que separarse de la

---

(1) «Sois también vosotros a manera de piedras vivas edificadas encima de El, siendo como una casa espiritual, como una nueva orden de sacerdotes santos para ofrecer víctimas espirituales que sean agradables a Dios por Jesu-Christo.»

(Todos los cristianos en cierto sentido son verdaderos sacerdotes, pues los santos deseos y buenas obras son otros tantos sacrificios espirituales que deben de ofrecer a Dios por medio de Jesu-Christo sobre el altar de su corazón, con el fuego de la ardiente caridad. El sacerdote en la misa dice: «Acordaos también, Señor, de todos los que están presentes, por los cuales os ofrecemos, o los cuales os ofrecen este sacrificio de alabanza».) (1.ª Pet. cap. II.)

tierra, quemar lo carnal en su alma, acercarse a El subiendo a su santo monte.

Despojarse de las riquezas, los honores; esto es lo que representan los que ofrecen las coronas en la primera grada; en estos pedestales hay cruces; son las almas que toman la Cruz.

En otra grada más alta están las almas que ofrecen su ciencia, su talento; debajo de éstas se leen las bienaventuranzas; son las que siguen a Cristo imitando su vida.

Y mucho más arriba están los que ofrecen el incienso; en el pedestal de éstos se leen las palabras SANCTUS SANCTUS SANCTUS; son aquellas almas todas amor, en las que por el fuego se ha quemado todo lo terreno, las que han conseguido la aspiración del Apóstol «Desiderium habens disolvi et esse cum Christo»; ya son espíritus, moran con los ángeles.

Su trono lo puso en el cielo. Inclinó los cielos y descendió y las nieblas rodeaban sus pies.

El Señor en la tempestad y en la borrasca sus vías, y las nubes son el polvo de sus pies.

Subió sobre los querubines, voló sobre las alas de los vientos y puso las tinieblas enrededor de Sí como pabellón y lugar de retiro, y puso el agua tenebrosa en las nubes del aire.

Representamos en nuestra Custodia los mundos como pedestal; los ángeles y querubes sostienen su trono y en su alrededor las nebulosas y las estrellas brillan y se mueven con movimiento elíptico; son los astros que su amor forma y sostiene su poder.

En el centro el viril, rodeado por un círculo de brillantes y perlas; son la luz símbolo de la Fe; más afuera otro círculo de esmeraldas, su color verde significa que la misericordia de Cristo no envejece, sino que siempre es nuevo su amor y que los que esperan en El no serán confundidos.

Un último círculo, en donde fulgura el color rojo de los rubíes y granates, simboliza la Caridad.

Dominando toda esta composición, una cruz aérea, espiritual, formada por ricos brillantes, matizada por el rojo de los rubíes, y debajo de ella un pelícano con el pecho abierto cobija a sus polluelos; es el amor divino, triunfante, que se renueva y renace continuamente en el misterio incomprensible de la Eucaristía.

Queda de usted su afmo. amigo s. s., q. b. s. m., *Félix Granda Buylla,* Presbítero, director de Talleres de Arte.

Madrid, Octubre de 1915.

Ya tenemos la Custodia y trono completamente acabados: sólo falta colocarla y que el Santísimo Sacramento tome posesión definitiva de ella; pero ¿en dónde?; ¿quién la guarda? Unos opinan que depositarla en un Banco y sacarla sólo para las grandes solemnidades; pero esto no podíamos hacerlo, porque cuando no contábamos con nada habíamos prometido que todas las noches adoraríamos en ella al Señor. Otros, que una caja de caudales; y por último se acordó hacer un tabernáculo que ofreciera todas las seguridades posibles. Se pidieron presupuestos y ninguno bajaba de diez mil pesetas; pero no las teníamos, ni nos parecía prudente recurrir otra vez a la caridad de los fieles, aun sabiendo por experiencia que ésta es inagotable. El tiempo pasaba y no nos podíamos hacer cargo de la Custodia, por no tener donde ponerla, hasta que don Félix Granda, viendo nuestra situación, se encargó

de hacer el tabernáculo y las obras necesarias, tuviéramos o no dinero para pagarlo; y gracias a la generosidad de los Talleres de Arte, representados por don Félix Granda y don Manuel Serra, en la noche del 10 de Julio de este año quedó definitivamente colocado el Trono del Señor.

El tabernáculo lo constituye una caja de hierro, con peso de trescientos cuarenta y cinco kilos, y reúne todas las seguridades que humanamente se han podido tomar, siendo su forma muy artística, como lo demuestra la fotografía del altar.

Todos los periódicos católicos del día 11 de Julio dieron cuenta de esta pequeña fiesta, y de uno de ellos copiamos lo siguiente:

La Custodia de la Adoración Nocturna

Anoche quedó definitivamente instalada en el Oratorio del Espíritu Santo la Custodia de la Adoración Nocturna. Con tal motivo se hizo una solemne vigilia, a la que asistieron la Comunidad de Padres Agustinos, casi todos los señores capellanes de turno y muchísimos Adoradores, que llenaban materialmente el templo.

A las diez en punto se hizo la Exposición, en la que ofició el muy reverendo Padre Provincial de los Agustinos, asistiéndole como diácono y subdiácono, respectivamente, el director espiritual de la Sección adoradora de Lugo y el Terciario Agustino don Fernando Sánchez.

El padre Zacarías Martínez pronunció una hermosísima plática, recordando los orígenes de la Adoración en España, el apogeo que actualmente alcanza y los amores, abnegaciones y sacrificios simbolizados en la nueva Custodia.

Habló luego de Jesucristo, como vida del alma y de la sociedad, y terminó exhortando a los Adoradores para que en todas partes defendiesen a Jesús y le proclamasen su Dios y su Rey.

Acto seguido se cantó un solemnísimo *Te Deum.*

A las muchas enhorabuenas que recibieron anoche el Consejo directivo y el artista don Félix Granda Buylla, unimos la nuestra, muy efusiva y sincera.

R. P. FR. ZACARIAS MARTINEZ NUÑEZ

Sermón pronunciado en la noche del 16 de Mayo de 1915, en la fiesta organizada por la Adoración Nocturna, en la S. I. C. de Madrid

Advertencia.—Todos sabemos las condiciones en que el P. Zacarías se encargó de sustituir al señor obispo de Osma en la *víspera* de la Vigilia, y esto nos obliga a perdonar al orador (y a los taquígrafos) las deficiencias de forma y de fondo de este sermón incompleto como lo pide aquél.

Et thronus ejus sicut sol in conspectu meo. Y su trono era como el sol en mi presencia. (Son palabras del profeta David, en el Salmo 88, versillo 33.)

Adorable Jesús Sacramentado, Excelentísimo señor; Adoradores de Jesucristo, hermanos míos muy amados en El: ¿Hay algún ser viviente que no ame la luz del sol? No, porque todos necesitan de ella; aun los que viven en la sombra participan de las influencias bienhechoras de la luz solar, de las

radiaciones *obscuras,* como dicen los físicos, y los que no gozan de ellas mueren irremisiblemente. ¿Quién puede describir la grandeza y la majestad de la corona del astro-rey, visible en los eclipses totales; los efectos de su luz, que todo lo hermosea, vivifica y alumbra; los de su calor, que hace subir a la savia, estallar los gérmenes y palpitar los nidos; los tesoros inagotables que derrama sobre pecadores y justos, y su atracción misteriosa, de la cual pende este pobre planeta que lleva en sus espaldas a la humanidad?

Pues bien, hermanos míos; el hombre libre, si no quiere mutilarse o degradarse, necesita participar de la vida superior del orden moral; sin esa vida superior, por mucho entendimiento que tenga el hombre, por muy rico y poderoso y sabio que sea, no rebasará el nivel de los seres inferiores; y como el sol indeficiente del orden moral, según lo proclaman las Sagradas Escrituras y los impíos más grandes de la tierra, es Nuestro Señor Jesucristo, síguese que el no participar de la vida divina de Cristo y no amar a Cristo es amar el suicidio y la muerte. Verbo de Dios, cándido resplandor de la luz eterna que vive en luz inaccesible, es también la luz del mundo: *Ego sum lux mundi,* y el que le sigue no anda en tinieblas. Luz de todas las gentes, que ilumina a todo hombre que nace a la vida de la tierra, apareció en Belén; *et lux orta est eis,* dicen los Libros Santos; y su divina luz lo ha hermoseado todo, lo ha sublimado todo, y si como Verbo imprimió en nuestra frente el signo de la razón, como Dios-Hombre envió sus dulcísimos resplandores a los que vivían en las sombras de la muerte y llegó al fondo de todas las almas e iluminó sus ámbitos y despertó sus energías, elevándolas a las regiones de la santidad y de la vida por atracción amorosa, de la cual pende el cielo de la virtud y la honradez.

Es Nuestro Señor Jesucristo (y lo confiesan los impíos más grandes de la tierra que le han combatido, Renán y Strauss) el astro-rey del mundo moral, y como Rey tiene su trono y tiene su corona, pero una corona que no tiene eclipses como la del sol. La corona es signo de realeza: los príncipes judíos usaban una corona en forma de tiara pontifical; los reyes en los festines usaban coronas de flores como las hoy llamadas reinas de los juegos florales; los reyes poetas, cuyos cánticos inflamaban el alma de las muchedumbres, usaban corona de mirto y de laurel; los reyes por la guerra o la conquista usaban corona de hierro o acero; los reyes hereditarios o elegidos usaban una corona de oro y de piedras preciosas, y las láminas de los reyes orientales salían en forma de rayos, para indicar que el rey es semejante al sol que difunde la luz, el calor y la vida en todas partes. Pues bien, Nuestro Señor Jesucristo tuvo y tiene derecho a todas las coronas (1): como víctima del humano linaje su madrastra Jerusalén le coronó con una corona de pobreza y de miseria, con una corona de espinas y de abrojos que la tierra germinó para El en cosecha abundante; su Padre Eterno le coronó con una corona de gloria, y tiene—dice San Bernardo—otra corona de justicia por la cual es temible, y tiene otra corona de bondad, de caridad, de perdón, de misericordia, por la cual es amable. Vosotros, Adoradores de Cristo, le habéis consagrado un trono en esa Custodia, que es a la vez una corona de oro y de piedras preciosas, que a mí me parecen lágrimas cristalizadas, lágrimas de gratitud, del pobre y del rico, del huérfano y la viuda, ofrecidas en holocausto eterno al Sol inextinguible del amor, de la paz y de la vida.

(1) Mgr. Gay.

Y ¿cuándo, cuándo fué más oportuno que hoy mostrar en lo alto, reverberando en los rayos de una custodia, el Sol inextinguible del amor, de la paz y de la vida, sino cuando el odio, la guerra y la muerte, cortejadas por el estruendo del cañón impío en los aires, por los lamentos de los heridos y moribundos en los hospitales y en las ambulancias, por los gritos que salen de tantas almas desoladas, de tantos corazones atormentados por la pena, de las entrañas de tantas madres estremecidas por el espanto, extienden hoy sus alas negras sobre el solar de la vieja Europa, y parece que se han abierto todas las fuentes secretas del dolor universal en esa guerra cruel, estupenda, inaudita en la historia de todos los siglos?

Por eso, Adoradores de Jesucristo, yo en estas circunstancias voy a hablaros en esta noche de Jesucristo Nuestro Señor, como Sol inextinguible del amor, de la paz y de la vida, del perdón y de la misericordia: *et thronus ejus sicut sol in conspectu meo.* Oh Maestro adorable: ilumina mi alma con un rayo de la visión de tus profetas, como Isaías, y abrásame con el fuego de tus apóstoles, como San Pablo, para demostrar a mis oyentes que, por encima de la tempestad de lágrimas y sangre que nos anega, brillas Tú, Sol de la caridad y del consuelo, que flotas sobre las tempestades; que por encima de los campos de batalla, donde imperan, con dominio sombrío, el odio y la muerte, fulgura con divinos resplandores el Sol de la caridad y de la vida; y esa caridad y esa misericordia eres Tú, y Tú eres esa vida inmortal; la vida y la resurrección!

Ayudadme a implorar el auxilio divino, por mediación de la Virgen Santísima, diciendo con el Angel: Ave María

Et thronus ejus sicut sol in conspectu meo. Y su trono es como el sol en mi presencia. (Son palabras del profeta David, en el salmo 88, versillo 33.)

Adorable Jesús Sacramentado, excelentísimo señor, Adoradores de Jesús, hermanos míos muy amados en El: No os voy a hablar de Nuestro Señor Jesucristo como Verbo de Dios, en el cual vivían todas las cosas antes de ser creadas y por cuya virtud se encendió la primera llama de la vida y se difundieron sus benéficos resplandores en todos los climas y latitudes, continentes y mares y bajo todos los cielos, y se dilata y perpetúa, en alegre y bulliciosa primavera, a través de las edades y de los siglos. El corazón del hombre, lisiado por la culpa, agobiado por el dolor y el infortunio, inclinado hacia el abismo o despeñado en él, dejó, si no extinguir, palidecer esa divina llama a cuyo fulgor, según la frase de mi Padre San Agustín, no se veía ya la imagen de Dios, prenda de la inmortalidad, sino la imagen del César, como símbolo de todos los deseos caducos y terrenos; y agitado—dice Isaías—el corazón del hombre como un mar bravío que hierve en sus olas, no reposaba nunca; y perdidos el sosiego y la paz del alma, el alma humana declaró la guerra a todos los seres, empezando por Dios, Creador suyo, y desde Caín a la fecha se ve la inmensa cadena de iniquidades que van sirviendo de orla sangrienta a todas las páginas del libro de la Historia, y se ven las anchas vías por donde van, en columnas cerradas, las turbas de pecadores rebelados contra todas las leyes divinas; y el hombre así rebelado contra Dios declaró la guerra a su prójimo, al cual ya no consideraba como hermano, sino como un rival que le disputaba un asiento en el banquete de la vida, y el odio y la venganza y la cólera estallaron en el mundo en fratricidas luchas. No bastó eso: declarada la guerra a Dios y al hombre, que era su hermano, el hombre se declaró la guerra a sí mismo, arrebatado y fiero; y cegó sus ojos a la luz, se arrancó del

alma la esperanza inmortal, no respetó ley ni autoridad alguna y hubo tempestad y hubo borrascas y huracanes y ruido de cañones, y brillo de puñales y de bayonetas y estruendo de bombas incendiarias; y el mundo se anegó en un lago de sangre y parecía un inmenso panteón de todas las miserias y de todos los dolores; una antesala del infierno envuelta en el humo de una eterna noche.

¿En dónde buscaremos al Sol inextinguible de la vida, de la paz y del amor, que con sus rayos triunfadores renueve la faz del mundo y le devuelva la vida, y con la vida el amor y la ventura? ¡Oh, sabios de la tierra, que con esfuerzos increíbles e investigaciones maravillosas trabajáis por descubrir algunas verdades que mañana quizá, quizá serán desvaríos, para que sirvan de antorcha a la humanidad que vive en tinieblas! ¡Oh, sociólogos y estadistas que discurrís por dar la paz al mundo, anegado en lágrimas y en sangre en el día presente! ¡Oh, filósofos y pensadores que, con hipótesis bizarras y diferentes métodos, fundasteis cátedras y escuelas, todas inútiles, todas estériles para dar la vida a la humanidad! Venid, venid; yo os quiero llevar por los anchos caminos de la tierra poblada de tristes, de enfermos, de lisiados, de moribundos, de gentes sin fe, sin esperanza y sin amor; ¿a qué ir tan lejos? Trasladad el pensamiento a los campos de batalla de la guerra europea; dirigid la mirada por los pueblos y las ciudades de gran parte de Francia, por casi toda la extensión de Bélgica y de Polonia la infeliz; escuchad los gritos que salen de tanta ruina, de tanto escombro, de tantas almas desoladas, de los corazones de tantas mujeres, hijas y madres. ¡Oh! Hablad a esas mujeres, a esas hijas, a esas madres, a esas viudas de Naín, a esas hermanas de Lázaro que han visto caer en la tumba a su esposo, a su hijo, a su padre o a su hermano y disiparse como un relámpago la luz de sus miradas y con ellas su herencia y su fortuna; habladles, sabios de la tierra, habladles de progreso, de libertad, de ciencia. No os entenderán una palabra. Y ¡qué triste, qué insoportable les será la vida si por encima del vaho de la sangre y del humo de los cañones, si por encima de las nubes de lágrimas que resbalan por sus mejillas no logran ver flotando, sonriente y cariñosa, la figura divina de Aquel que dijo: «*misereo super turbam*»; venid a mí todos los que estáis agobiados por el peso del dolor y yo os aliviaré! ¡Qué triste, qué insoportable les será la existencia si, dominando esos ruidos fúnebres, esos lamentos angustiosos del dolor y de la muerte, no logran oir resonar en las alturas aquella voz dulcísima que dice a cada una de las almas: «¿Crees en mí? Yo soy la resurrección y la vida. Yo vine al mundo para dar a los hombres la vida eterna y abundante».

Y apareció la vida con la luz en el portal de Belén; *apparuit benignitas Salvatoris Dei nostri, erudiens nos:* apareció la mansedumbre de nuestro Dios y Salvador enseñándonos. Vedle en aquella pobre custodia, en aquella cuna de pajas, sin puertas ni murallas, porque, como el cielo, estaba abierta para todos. Descendió desde las alturas de su gloria a la sima de nuestras miserias para restaurarlo todo en sí con la clemencia y el perdón. ¿Quién no le ama al contemplar su marcha triunfal de la bondad y del amor desde la aurora al cenit, y brillar en Egipto y fulgurar en Nazaret, y recorrer las calles y las plazas, los montes y los valles de la Palestina y la Judea, derramando su luz sobre pecadores y justos, haciendo bienes y recibiendo agravios, sembrando flores y recogiendo espinas? ¿Quién no le adora en éxtasis al contemplar aquellos ojos cargados de misterios, y su poder de taumaturgo invencible, y

su virtud incomparable, y su voluntad libérrima para morir? ¿Quién no adora aquel Corazón sacratísimo donde caben holgadamente todas las almas sin ventura, pródigo de confidencias, de cariños, de secretos y de revelaciones? ¿Quién no adora su grandeza de rey perseguido, su augusta majestad de sacerdote odiado, su rostro de Dios vencido..., vencido por el amor? ¡Oh, el amor! ¡Si es El, es El el amor de los amores, el amor encarnado, el amor revestido de luz increada que irradia por sus labios, por sus ojos, por su frente, por todos los poros de su cuerpo, y reverbera por las celosías de su Humanidad sacratísima, como en los rayos de la Custodia! Por su voz, más dulce y suave que las armonías de la naturaleza y los perfumes de los campos, calma las tempestades del mar y las luchas de la conciencia; por sus manos, que sólo se abren para levantar y para bendecir; por sus pies, que van en busca de los pecadores, por sus pies fatigados del camino y cubiertos de polvo. ¿No le veis? Un día descansa en el brocal del pozo de Jacob, y allí entabla diálogo divino y convierte a la Samaritana. Otro día se sienta a la mesa del Fariseo, y allí recibe los perfumes de la pecadora Magdalena. Otro día defiende y absuelve a la mujer adúltera ante la voz de la justicia vengadora. ¿Qué más? Han muerto la hija de Jairo y el hijo de la viuda de Naim, y Lázaro lleva cuatro días en el sepulcro: ¿qué importa? Por allí pasa el Sol del Amor y de la Vida, misericordioso y clemente, que da consuelo a los vivos y la vida a los muertos. Muchedumbres innumerables penden de sus labios, y son tan regaladas las palabras de Jesús que la muchedumbre se olvida de comer; pero se acuerda la misericordia y exclama: «*Misereo super turbam*». «Me da lástima esa muchedumbre», y multiplica los panes y los peces para saciar el hambre de todos.

Es la gran Misericordia, es la gran medicina que Dios manda, por medio de María, a este gran enfermo que se llama la Humanidad sin ventura. Pero no es sólo hombre, es también Dios. ¿No le veis? El da movimiento a los paralíticos, la vista a los ciegos, oído a los sordos, habla a los mudos y vida a los muertos; y ya veréis: cuando la tierra ingrata que no le quiso recibir le cubra de ultrajes y de irrisiones y le desgarre los miembros y las vestiduras y le lance a lo alto de un infame patíbulo, entonces El se vengará. ¿Cómo se vengará? Desde aquellas alturas sublimes, donde la justicia de Dios le esperaba hacía cuatro mil años, desde aquel lecho reducido de la cruz donde duerme la siesta el esposo del *cantar de los cantares,* va a pronunciar siete palabras, siete nada más; y las primeras que llenan su pecho divino, las primeras que pronuncian sus labios son las palabras del perdón y la misericordia. «Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» ¿Qué hombre tuvo una venganza así? En la historia de la Humanidad no se conoce una venganza semejante, y estas palabras del amor y del perdón resumen y condensan toda la vida de Jesús. Sol del amor y de la vida, sólo Jesús creó el amor de las almas, hasta El ignorado, porque hasta El sólo se amaban los cuerpos miserables; sólo El difundió por la tierra la doctrina de lo alto; sólo El dijo: «amaos los unos a los otros»; sólo El estableció como una ley la fraternidad universal con la enseñanza del «Padrenuestro, que estás en los Cielos»; sólo El hizo de todas las razas que pueblan el orbe la gran familia humana, que desciende de Dios y debe volver a Dios, purificada con la sangre redentora y los méritos de la Cruz; y desde la Cruz todavía nos dió a su Madre, consuelo de todos los desdichados; y desde la Cruz todavía nos mostró su Corazón abierto y palpitante; abierto, no por el hierro del soldado, no por la lanza del centurión, porque el

corazón de Dios no se abre por fuera, se abre por dentro, como se abre la vida, como se abren los gérmenes, como se abren las corolas de las flores. Abierto, sí, por el soplo de la caridad infinita; y si en su muerte el sol manchó con sangre su disco, ni la sangre del sol ni la sangre de la Cruz pidieron venganza y castigo, sino perdón y misericordia. Se encerró en los límites del pan ácimo, dentro de una custodia, para servir de alimento a la Humanidad; porque el alimento de la Humanidad no es la sangre de los hombres derramada en las luchas fratricidas, sino la sangre de Cristo que la vertió para dar la vida al mundo. La sangre de Cristo—dice San Pablo—no es como la sangre de Abel que pedía el castigo del Cielo: es la voz del perdón que sale de ese Trono, contraria a la voz que sale del trono de los reyes, que declaran la guerra a sus hermanos; es la voz de la Caridad y del Amor, contraria a la voz de la cólera, del odio y la venganza, con que se insultan frecuentemente las humanas multitudes; es la voz de la santa libertad y la santa democracia que El estatuye en la Eucaristía, pues ante El arrodillados son iguales todos los hombres, el pobre y el rico, el sabio y el ignorante, el amo y el menestral, el súbdito y el rey, el vasallo y el príncipe, como lo demostráis vosotros, Adoradores de Cristo, hoy y en vuestras vigilias generales. Sol inextinguible del amor, de la paz y de la vida, es el alma y la vida del mundo. ¿No lo estáis viendo? Hace poco el mundo marchaba con rumbos nuevos, por nuevos mares, al soplo del progreso, la libertad y la ciencia; ninguna de las sociedades antiguas estuvo mejor organizada que la sociedad presente; nunca se vió tan perfecto el engranaje de sus ruedas. Cuántos palacios y boulevares, cuántos caminos de hierro, cuántos hilos telegráficos, cuántos rayos *invisibles*, cuántas vibraciones misteriosas, cuántos automóviles cruzan la tierra; cuántos acorazados y submarinos surcan las olas del mar; cuántos aeroplanos y dirigibles surcan las ondas atmosféricas; qué cúmulo de prodigios y de maravillas; qué magnífico, qué soberano era y es el concierto de las humanas industrias! Sólo faltaba una cosa: asegurar la paz y la vida del mundo. Y los hombres, tan listos, tan prudentes, tan previsores, estadistas y sociólogos, se reunieron en el Congreso de La Haya, y allí decretaron la paz universal y la alzaron un palacio espléndido, que hoy es un sarcasmo; un palacio espléndido donde todas las naciones de la tierra podían ver asegurado su goce tranquilo de la paz y de la vida, tan compleja como varia. Fijaos bien: en ese movimiento material y progresivo del género humano no estaba Cristo, *non erat illic;* en el Congreso de La Haya no estuvo el representante de Cristo, *non erat illic.* ¿Y qué resultó? Ya lo estáis viendo: el lugar del amor, de la paz y de la vida está ocupado por el odio, la guerra y la muerte, que extienden sus alas negras sobre el mundo en una lucha que Dios sabe cuándo acabará. Y ¿por qué? Porque donde no está Cristo faltan la paz, el amor y la vida; porque las naciones y las sociedades, cual las ardientes locomotoras, necesitan fuego para caminar rápidas por las vías del progreso, de la libertad y de la ciencia; pero no es el fuego del odio, de la ambición y el egoísmo, que suelen tener explosiones anarquistas y socialistas ateas, sino el fuego apacible, penetrante, sosegado y tranquilo de la gracia de Cristo, que es libertad, que es respeto, que es caridad y es amor.

¡Adoradores de Cristo!: no hay más que un Sol y una corona bajo cuyos rayos puedan congregarse todos los hombres abrazándose como hermanos, como hijos de un mismo padre que está en los cielos, como miembros de una misma familia, en el mismo hogar, en igual y fraternal banquete, bajo un

mismo techo, bajo las alas de los ángeles que cubren el trono del Señor, en la Santa Eucaristía. Ahí está el Abogado, el Redentor y el Padre; la víctima expiatoria de las iniquidades del mundo, y su sangre—dice el Apóstol—no pide venganza; sólo pide perdón y misericordia para todos los que luchan, para todos los que mueren en este campo de batalla que se llama Tierra. Y la Tierra, como sabéis, está hoy inundada por un diluvio de crímenes, de sangre, de lágrimas y lodo. ¡Adoradores de Cristo!: en esta hora suprema de la Historia en que va a empezar una nueva edad, agrupaos en derredor de esa Custodia Santa donde reverbera el Sol inextinguible del amor, de la paz y de la vida. Llega la hora—dice el Apóstol—de sacudir el sueño, la pereza y la languidez; agrupaos, y así como se han unido la plata y el oro y las piedras preciosas para formar ese trono dedicado a Cristo, así deben unirse todas las voluntades, dejando a un lado las cuestiones bizantinas inútiles y estériles; deben unirse todos los corazones en un mismo grito de fe, en idéntico suspiro de amor, en igual inmensa súplica ante Jesucristo por las desdichas del mundo.

Ya lo sabéis: vuestros nombres, los nombres de todos los donantes van encerrados en esa Custodia. ¡Ah! Lo que hace falta es que el nombre de Cristo vaya esculpido en vuestras entrañas, como en el alma de San Pascual Bailón, cuya festividad celebramos, Patrono de todos los Adoradores; lo que hace falta es que en vuestro corazón tenga Cristo otra Custodia más hermosa que esa que ven nuestros ojos, y que en los radios de esa Custodia espiritual e interior fulguren los sentimientos de Cristo, la caridad de Cristo para con todos, para salvarlos a todos, como dice San Pablo.

¡Oh Cristo Jesús, Sol inextinguible de la paz, del amor y de la vida! En esta hora suprema en que el mundo siente los latigazos de un dolor que no sintió nunca, ¡sálvanos! ¡Te lo piden tus hijos Adoradores, pobres y ricos, que te han consagrado esa Custodia para adorarte en ella mientras les dure la vida. Escúchalos y bendícelos. Bendice al alma generosa que ideó tal ofrenda; bendice al artista y a los obreros que la tallaron; bendice al pueblo español; bendice a España, tu adoradora perpetua en la historia del mundo; bendice a su Rey en el día de mañana, e inspírale en estas horas críticas de la Patria; bendice al Prelado que me escucha, para que salve su alma con las almas que le encomendaste; bendice al mundo entero y a todas las almas, para que todas se eleven a aquella otra Patria inmortal, donde no hay más luz que tu luz—*et lucerna ejus est Agnus*—, luz sin eclipses, gozo sin temores y vida sin fin, por los siglos de los siglos!



JUSTIFICANTES

Oro recibido

1.ª fundición	8.643 grs.	(4.707 de 686/000 y 3.936 de 876/000)
	0.250 »	añadidos de plata y cobre
	8.893 »	de 18 k. 750/000.
	1.399 »	deducidos de la aleación para afinar 8.397 gramos, que quedan reducidos a
	6.998 »	21.60 k. 900/000
	7.494 »	resto de la 1.ª fundición
2.ª fundición	1.821 »	(401 de 835/000 y 1.420 de 683/000)
3.ª fundición	1.330 »	(fundidos en las figuritas del pie)
4.ª fundición	0.279 »	(fundidos mezclados con recortes)
	10.924 »	resto total de las cuatro fundiciones

RESUMEN

1.ª fundición	8.643 grs.	
2.ª fundición	1.821 »	
3.ª fundición	1.330 »	
4.ª fundición	0.279 »	
	12.073 grs.	**Total del oro recibido.**
Añadidos	0.250 »	de plata y cobre.
	12.323 grs.	
Deducidos	1.399 »	de la aleación de plata y cobre.
	10.924 grs.	**Resto total del oro recibido.**

Talleres de Arte.—El administrador, M. Serra.—Rubricado.

Oro empleado en la Custodia

En distintas leyes	8.559 grs.
Platino	0.133 »
Refuerzos de plata	1.600 »
Peso de las piedras y distintas aleaciones pequeñas	0.903 »
Total	11.195 grs.
Peso de la parte alta	6.222 grs.
Peso del pie	4.973 »
Total	11.195 grs.

Oro recibido	10.924 grs.
Oro empleado	8.559 »
Resto de oro	2.365 grs.

Talleres de Arte.—El administrador, M. Serra.—Rubricado.

Plata recibida

1.ª fundición.—Varios, bruto	11.044 grs.	
Mermas	1.643 »	
4 lingotes, neto, ley 840/000	9.401 grs.	9.401 grs.
2.ª fundición.—Cubiertos y varios	7.032 grs.	
Mermas	0.127 »	
3 lingotes, neto, ley 850/000	6.905 grs.	6.905 »
3.ª fundición.—Varios, bruto	8.873 grs.	
Mermas	0.243 »	
5 lingotes, neto, ley 916/000	8.630 grs.	8.630 »
4.ª fundición.—Cubiertos y varios	3.440 grs.	
Mermas	0.390 »	
2 lingotes, neto, ley 855/000	3.050 grs.	3.050 »
Resto total de las 4 fundiciones		27.986 grs.

RESUMEN

1.ª fundición, bruto	11.044 grs.
2.ª » »	7.032 »
3.ª » »	8.873 »
4.ª » »	3.440 »
Total plata recibida	30.389 grs.
Mermas	2.403 »
	27.986 grs.
Deducidos de la aleación de cobre para dejarla a ley de 916/000	1.482 »
Resto total de la plata recibida	26.504 grs.

Plata empleada en el templete de la Custodia	27.310 grs.
Resto total de la plata recibida	26.504 »
DIFERENCIA A FAVOR DE TALLERES DE ARTE	0.806 grs.

Talleres de Arte.—El Administrador, M. SERRA.—Rubricado.

Piedras empleadas en la Custodia

	Piedras	Perlas
Cruz	298	3
82 estrellas	1.058	144
Viril	108	6
Coronas ángeles	580	»
Pelícano	104	1
Arco, esmeraldas	83	»
Arco, rubíes	205	»
Trono	382	»
Cruces del pie	394	»
Mundo	70	»
	3.282	154

Piedras empleadas en el templete

	Piedras	Perlas
Templete	1.193	»
Cruz del fondo	299	»
Fondo	217	»
Parte baja del fondo	17	»
Arco del fondo o puerta	»	49
	1.726	49

RESUMEN

	Piedras	Perlas	TOTAL
Custodia	3.282	154	3.436
Templete	1.726	49	1.775
TOTALES	5.008	203	5.211

Talleres de Arte.—El administrador, M. SERRA.—Rubricado.

Talleres de Arte, S. A.—Hipódromo.—Madrid.—Hemos recibido de don Luis Pinedo la cantidad de quince mil pesetas como Tesorero de la Adoración Nocturna, y a cuenta de la Custodia y Trono que para la misma se construyen en estos Talleres.—Madrid, 28 de Abril de 1915.—Talleres de Arte.—El administrador, M. SERRA.—Rubricado.—Ptas., 15.000.

Talleres de Arte, S. A.—Hipódromo.—Madrid.—Hemos recibido del señor Tesorero de la Adoración Nocturna la cantidad de diez y siete mil seiscientas sesenta y siete pesetas, importe, con las 15.000 pesetas ya recibidas, de la Custodia, Trono y Tabernáculo, pendiente este último de construcción.—Madrid, 12 de Enero de 1916.—Talleres de Arte.—El administrador, M. SERRA.—Rubricado.—Ptas., 17.667.

Talleres de Arte, S. A.—Paseo izquierdo del Hipódromo.—Teléfono número 3.996.—Madrid, 31 de Julio de 1916.—Señor Tesorero de la Adoración Nocturna.—Madrid.—Debe: Construcción de Custodia y Templete, en oro, plata y platino, con montaje de piedras preciosas: recibidos los metales (excepto el platino) y las piedras, según notas detalladas .... 27.500,—
Piedras preciosas puestas por los Talleres de Arte, según nota .. 3.987,—
Tabernáculo de seguridad, construído en mármol, bronce dorado y hierro dorado .... 6.180,—

TOTAL		37.667,—
Recibido:		
28 Abril 1915	15.000,—	
12 Enero 1916	17.667,—	32.667,—
DIFERENCIA BONIFICADA POR TALLERES DE ARTE		5.000,—

Talleres de Arte.—El administrador, M. SERRA.—Rubricado.

ADORACION NOCTURNA

Piedras de los Talleres de Arte empleadas en la Custodia

1 rubí reconstituído (arco rubíes)	Ptas.	16,15
10,94 k. 18 esmeraldas (arco esmeraldas)	»	1.922,60
2,07 k. brillantes (estrellas)	»	338,90
3,35 k. brillantitos (coronas)	»	1.252,—
2,04 k. rubíes (templete)	»	100,90
0,69 k. brillantitos (coronas)	»	258,—
2 topacios (templete)	»	15,—
8 amatistas (templete)	»	83,60
TOTAL	Ptas.	3.987,15

CUENTA DE INGRESOS Y GASTOS

habidos en Tesorería con motivo de la suscripción abierta en esta Sección Adoradora Nocturna en 25 de Marzo de 1914 para adquirir una Custodia

CARGO	Pesetas
Recibido por los donativos comprendidos hasta el número 6.422.	
En metálico	49.045,95
TOTAL CARGO	49.045,95

DATA	
Valor de las monedas de oro fundidas en 5 de Julio de 1914	12.010
» » » » 15 de Agosto de 1914	1.220
» » » » 22 de Marzo de 1915	1.130
Abonado a los Talleres de Arte por los conceptos que expresan los justificantes anteriores	32.667
Impresión folleto memoria con cuentas y fototipias	2.018,95
TOTAL DATA	49.045,95

Madrid, 1.º Agosto 1916.

El Secretario Contador,
RAMIRO DE SOLOAGA Y AMÉZAGA
a. n. v.

El Tesorero,
LUIS DE PINEDO Y DE LARREA
a. n. c.

V.º B.º
El Presidente,
ANDRÉS MALDONADO Y SÁNCHEZ
a. n. v. f.

¡TE DEUM LAUDAMUS, TE DÓMINUM CONFITÉMUR!

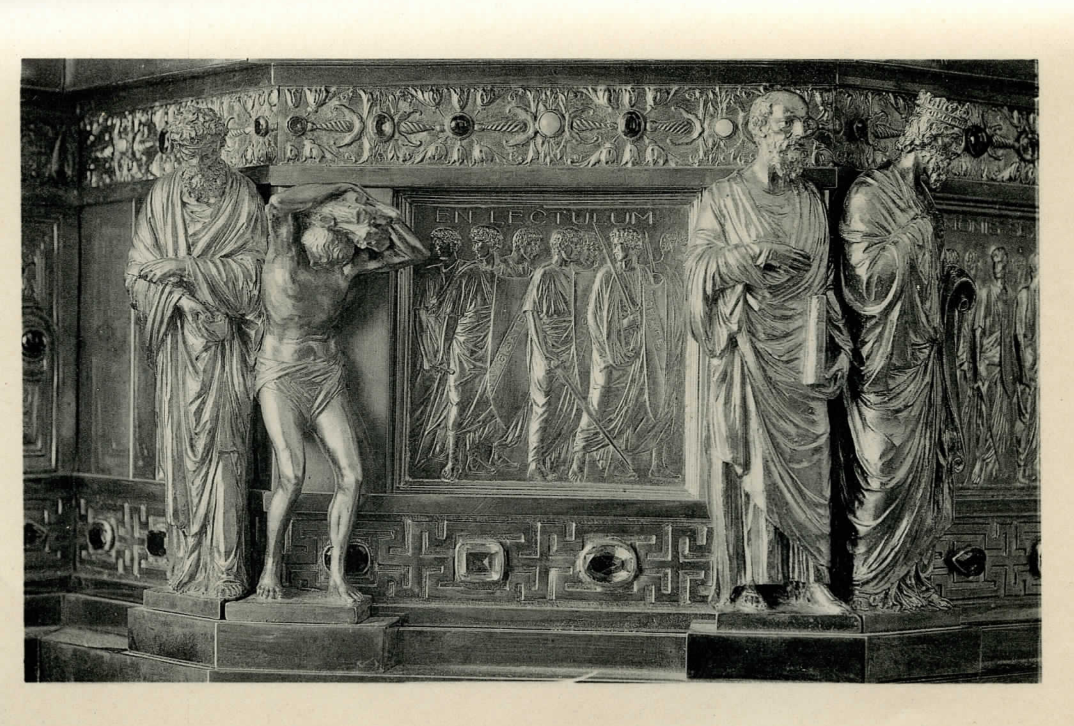
Sí, amadísimos hermanos; bendigamos, alabemos y adoremos al Señor por los siglos de los siglos.

A Ti, Señor, que creaste el mundo de la nada; a Ti, a quien cantan sus loores las avecillas; a Ti, a quien ofrecen sus aromas los lirios del valle y las flores del campo; a Ti, por quien se mueven los astros del firmamento, rodando con sorprendente precisión y armonía por los espacios celestes; a Ti, Señor, te alabamos y ensalzamos.

Y en todos los días de nuestra vida, mientras nuestro corazón palpite, te bendeciremos y adoraremos en ese trono de majestad y de grandeza que con tu misericordia infinita nos has donado, para hacernos comprender que tus delicias son estar con nosotros en la tierra, preparándonos para que lleguemos a adorarte después en tu Reino por perpetuas eternidades. Amén.



CUSTODIA DE LA SECCIÓN ADORADORA NOCTURNA DE MADRID



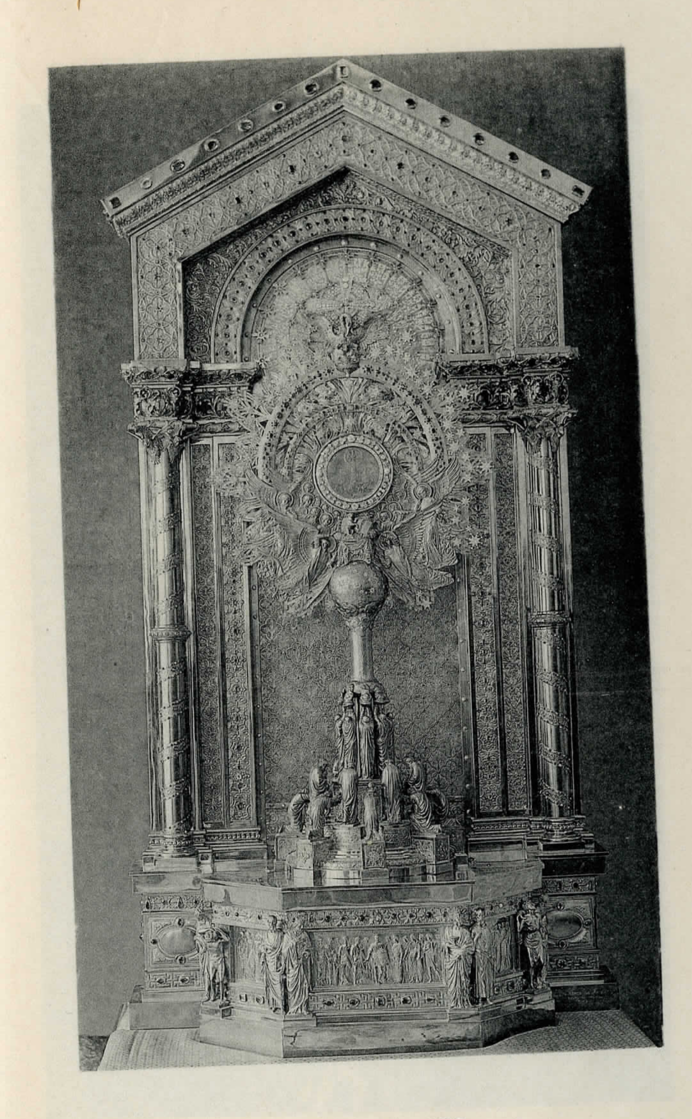
DETALLE DEL TRONO



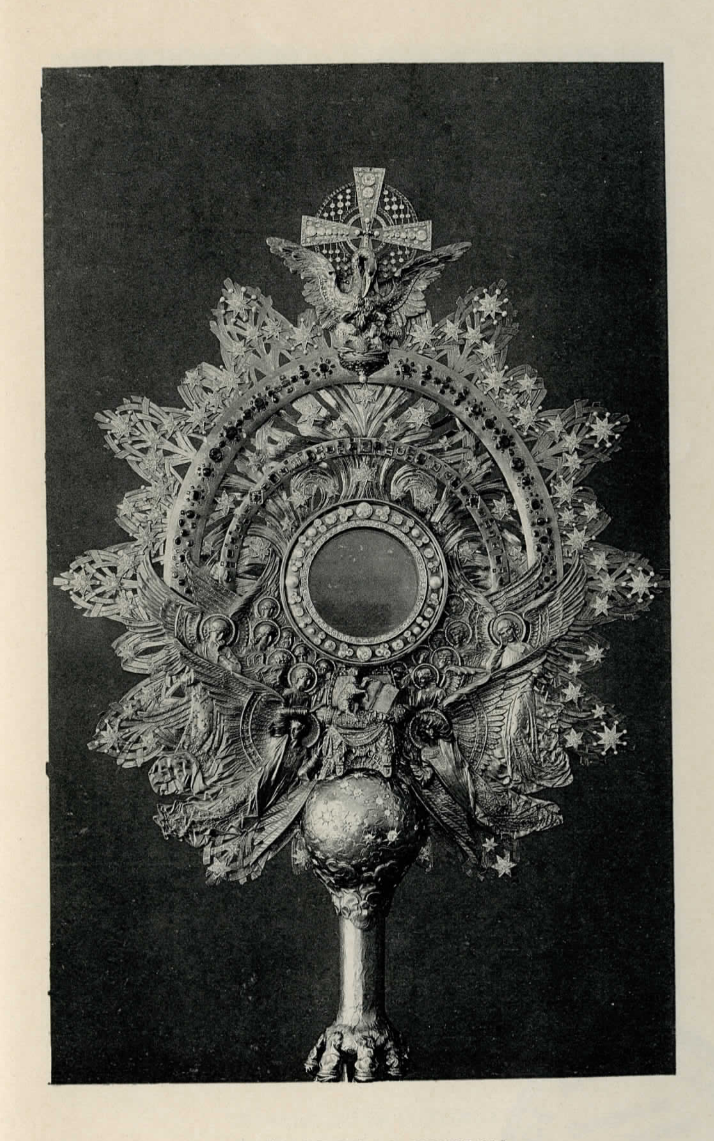
DETALLE DEL TRONO



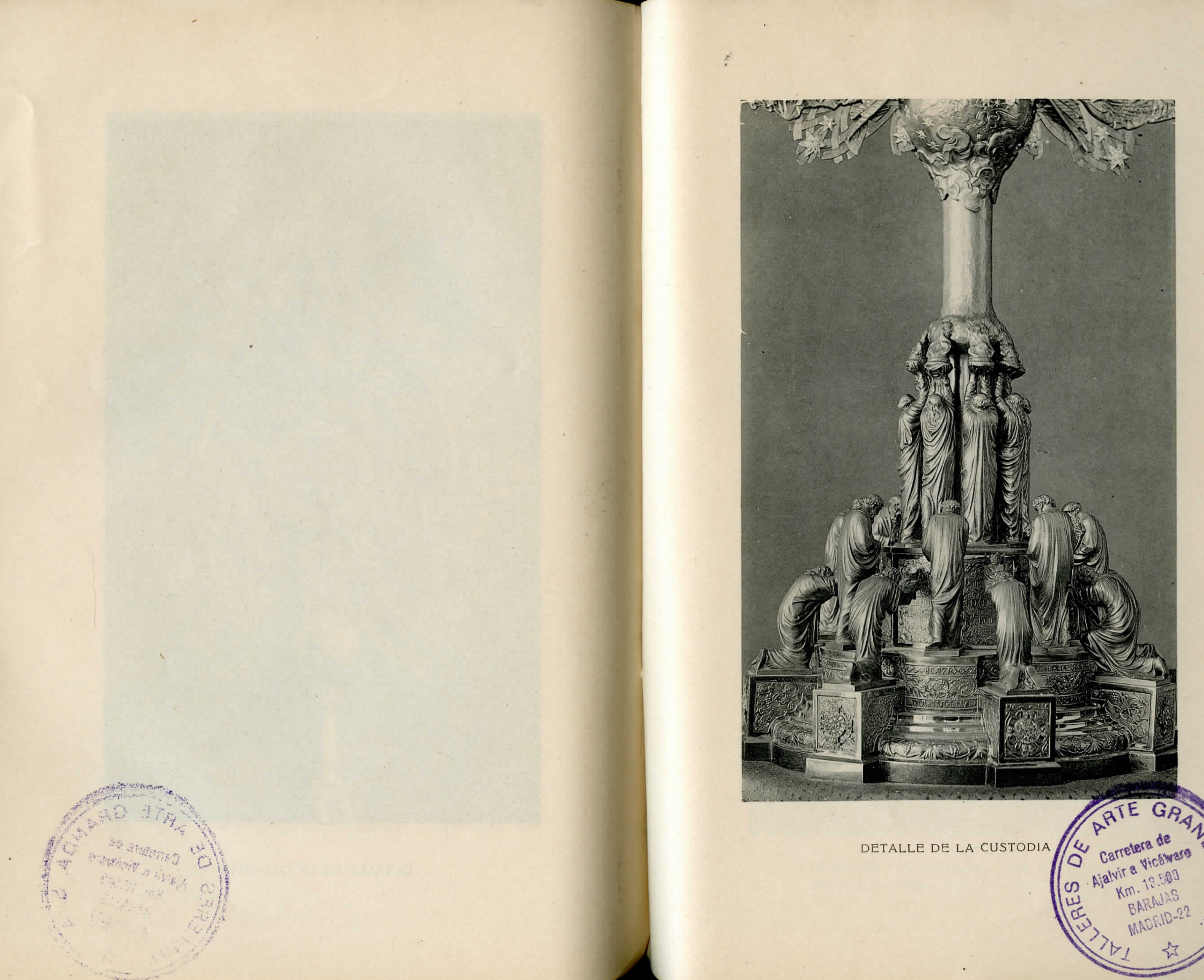
DETALLE DEL TRONO



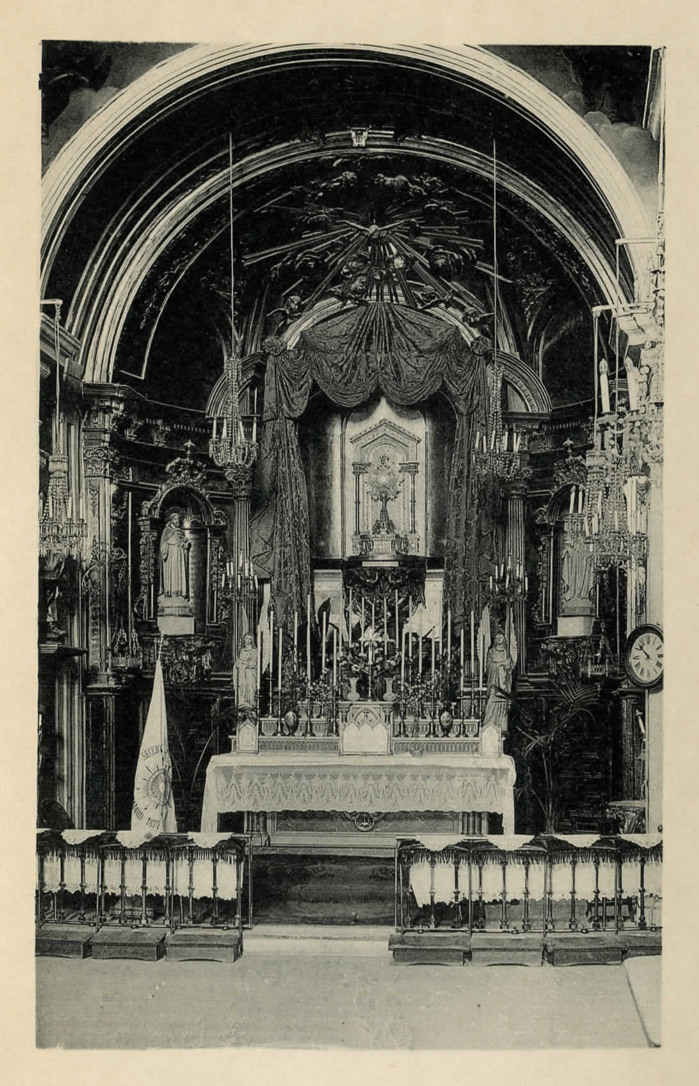
CUSTODIA Y TRONO



DETALLE DE LA CUSTODIA



DETALLE DE LA CUSTODIA



ALTAR MAYOR DEL ORATORIO DEL ESPIRITU SANTO,
DONDE CELEBRA SUS VIGILIAS LA SECCIÓN

